

BABEL

Revista de Arte y Crítica

*Número dedicado a la generación
chilena del año veinte*

JULIO - AGOSTO 1945

SUMARIO:

| | |
|--------------------------|------------------------------------------|
| <i>Carlos Vicuña</i> | EL AÑO VEINTE |
| <i>Santiago Labarca</i> | LA GENERACIÓN DEL 20 |
| <i>Eugenio González</i> | JUVENTUD VEINTEAÑERA |
| <i>Daniel Schweitzer</i> | JUAN GANDULFO |
| <i>Manuel Rojas</i> | RECUERDOS DE JOSÉ DOMINGO GÓMEZ ROJAS |
| <i>González Vera</i> | ESTUDIANTES DEL AÑO 20 |
| <i>Enrique Espinoza</i> | COLOFÓN |

Santiago 28 *de Chile*

Ediciones del
FONDO DE CULTURA ECONOMICA
de México

- ECONOMÍA Y SOCIEDAD.— *Max Weber, 2 tomos: 170 pesos*
- PRINCIPIOS DE SOCIOLOGÍA.— *Ferdinand Tonnies, 45 pesos*
- LA DIPLOMACIA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA AMÉRICA LATINA.—
Samuel Flagg Bemis, 90 pesos
- LAS CULTURAS NEGRAS EN EL NUEVO MUNDO.— *Arthur Ramos, 55 pesos*
- INTRODUCCION A LA SOCIOLOGÍA.— *Adolfo Menzel, 35 pesos*
- PAPEL SOCIAL DEL INTELLECTUAL.— *Florián Znaniecki, 30 pesos*
- INTRODUCCIÓN A LA CRIMINOLOGÍA.— *W. A. Banger, 45 pesos*
- LOS FISIÓCRATAS.— *Henry Higgs, 25 pesos*
- INTERVENCIÓN DEL ESTADO EN LA VIDA ECONÓMICA.— *Henry Laufenburger, 55 pesos*
- PRINCIPIOS DE ECONOMÍA POLÍTICA.— *John Stuart Mill, 175 pesos*
- SALARIOS.— *Maurice Dobb, 27 pesos*
- CURSO ELEMENTAL DE ECONOMÍA.— *H. M. Scott, 30 pesos*
- TEORÍA GENERAL DEL INTERÉS, LA OCUPACIÓN Y EL DINERO.— *J. M. Keynes, 80 pesos*
- COMERCIO INTERNACIONAL.— *P. T. Ellsworth, Dos tomos: I.— Teoría y II.— Política, 75 pesos los dos tomos*
- BEHEMOTH (*Pensamiento y acción en el Nacional Socialismo*).— *Franz Neumann, 90 pesos*
- SOCIOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN.— *Fernando de Acevedo, 65 pesos*
- PRIMEROS ENSAYOS.— *Augusto Comte, 55 pesos*
- TUPAJ KATARI.— *Augusto Guzmán, 35 pesos*
- DE LA CONQUISTA A LA INDEPENDENCIA.— *Mariano Picón Salas.— (con grabados), 35 pesos*
- LETRAS MEXICANAS.— *Julio Jiménez Rueda, 35 pesos*
- LETRAS COLOMBIANAS.— *B. Sanín Cano, 35 pesos*
- LETRAS DE AMÉRICA.— *E. Diez Canedo, 55 pesos*

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Depósito:

LIBRERIA MEXICO

Bandera 445 Santiago de Chile

BABEL

Revista de Arte y Crítica

Director: ENRIQUE ESPINOZA

1945

Santiago de Chile

VOLUMEN VII

«SI NUESTRO PROPOSITO ES DARNOS, FUERZA
NOS SERA HACER PRIMERO LO NECESARIO PARA
PERTENECERNOS. Y CUALQUIERA QUE SEA LA
ORGANIZACION SOCIAL QUE NOS DEPRE EL
PORVENIR, SERA IMPERIOSO EXIGIR A LOS
HOMBRES QUE LA PRACTIQUEN UNA CAPACIDAD
NO VULGAR, UN DON DE ALGO QUE NO SEA PARA
BAMBOLLA, ADEMAS DE LA ADHESION A LA
CAUSA.»

PEDRO GODOY

Carlos Vicuña

El año veinte

Para algunos espíritus superficiales, 1920 fué un momento crucial en la historia de Chile, una prole sin madre y también sin hijos. En realidad ese florecimiento ocasional tenía raíces profundas y sigue sordamente su camino.

El problema de la población menesterosa es viejo en el mundo. No sólo son menesterosos los pobres bien pobres, mas también las clases medias empobrecidas, que viven toda su vida ganándose la vida, en malas casas, peores muebles, con comida escasa y ropas raídas. Estas clases medias, necesitadas y ansiosas, fermentan más que el proletariado mismo, conaturalizado ya con la rusticidad de sus comidas, ropas, habitaciones y artefactos.

Las clases menesterosas son a veces los nobles, a veces los burgueses, y a veces los campesinos o los proletarios. Las circunstancias políticas y económicas, las guerras, las leyes y los prejuicios, determinan alternativamente que toda una estrata social padezca una desigualdad perentoria, que la extingue o la subleva.

Después de la derrota de Poitiers y de la cautividad de Juan II de Francia (1356), en medio de la consternación general que el desastre producía en el reino, agravada por el pillaje desenfrenado de los ingleses victoriosos, los estados generales, animados por Esteban Marcel, preboste de los mercaderes de París, obligaron al Delfín Carlos a aceptar reformas sociales, políticas y administrativas hasta entonces inauditas. El gobierno, las finanzas públicas, la leva de los ejércitos del rey, la administración de la justicia, los abusos de los nobles, todo fué en ellas considerado. El espíritu de la burguesía, hasta entonces sumisa, tomó conciencia de su fuerza, y dos ministros del Delfín, los mariscales de Champaña y de Normandía, fueron sumariamente ejecutados en su presencia, y tan cerca de él que la sangre salpicó los pliegues de sus vestiduras. La nobleza alarmada se armó para defender las prerrogativas de la corona, pero mientras los nobles y burgueses se hacían la guerra, los campesinos se levantaron. Su insurrección tremenda y ciega, que se llamó la *jacquerie*, estalló en 1358. Los *jacques* eran los menesterosos de entonces. Sobre ellos pesaban todas

las desgracias de la tierra. No solamente los ingleses los saqueaban, sino también las bandas de los soldados y mercenarios del rey de Francia, hambrientos o en receso, que la derrota traía impagos e inactivos. Y lo que dejaban los soldados era tomado violentamente por los señores, empobrecidos por la guerra, y ansiosos de rehacerse o de pagar el rescate prometido al príncipe de Gales después de la derrota de Poitiers: muebles, joyas, cosechas, ganados, arneses, aperos, todo cuanto los campesinos poseían, era arrebatado por la vorágine.

La lucha de los burgueses contra los nobles era una ocasión demasiado propicia para perderla y la insurrección popular estalló movida por la necesidad del hambre y de la venganza. Cayeron sobre los castillos, los tomaron, los saquearon, asesinaron magnates y dignidades, violaron mujeres de la nobleza, torturaron los prisioneros que cogían y quemaron vivos hasta los niños. Esteban Marcel, oportunista del siglo XIV, se entendió con ellos y les mandó dos compañías de su milicia ciudadana para apoyarlos. Con una buena cabeza política hubiesen podido hacer los *jacques* en 1358 la gran revolución que triunfó plenamente cuatrocientos treinta y cinco años más tarde. Sus excesos unieron en su contra a todos los demás, y fueron derrotados en Meaux y degollados sin compasión siete mil de ellos, por orden de Gastón de Foix.

En 1520, al advenimiento de Carlos V, una sacudida análoga, pero más profunda, estuvo a punto de cambiar los destinos de España. No había entonces pauperismo en España, pero la nueva dinastía germánica entendía avasallar los fueros y libertades de Castilla y arruinar el estado, gobernando en provecho de los favoritos venidos de Flandes. Las comunidades se alzaron contra tales abusos y en una guerra animada y despiadada pusieron en jaque a las tropas imperiales. Los hidalgos apoyados por el pueblo representaban el sentir de la nación toda: pero su falta de tino político les enajenó la adhesión de los próceres, que hicieron causa común con los imperiales. Derrotado Juan de Padilla en Villalar en 1521, Castilla dejó de ser la república igualitaria que había sido bajo los Trastámaras y entró de lleno en la monarquía absoluta de los grandes señores, que creó Carlos V.

Felizmente para España la conquista de América abrió a la dilatada y fecunda clase de los hidalgos y segundones un campo sin límites, en donde podía comer, ilustrarse y prosperar. Los criollos americanos, hijos de los hidalgos y segundones conquistadores venidos de Castilla no sintieron nunca sobre

ellos el peso abrumador de la aristocracia ociosa y orgullosa de la madre patria. Ellos eran aquí los señores, salvo tal vez en el Perú y en México, pues los oidores, gobernadores y capitanes peninsulares eran una minoría tan escasa y débil, por la falta de ejército propio y por la distancia, que los criollos acaudalados descendientes de los primitivos conquistadores pudieron creerse a sí mismos de la más alta aristocracia de estos reinos.

Esto cambió con la independencia. Hombres hasta entonces oscuros se ilustraron en sus guerras y en sus vaivenes políticos; personajes ricos y encumbrados cayeron en la pobreza y en la destitución; las familias se dividieron; los hacendados holgazanes de las provincias, por la guerra, por la ineptitud, empobrecieron. En Chile, particularmente, los vascongados, que habían llegado pobres desde los días de Ustáriz, por su esfuerzo o por los matrimonios, eran ahora los dueños de la tierra y pronto tomaron conciencia de sus aptitudes superiores. En la América independiente la aristocracia criolla se bifurcó insensiblemente en dos ramas de origen común, pero de medios de fortuna muy disímiles.

Hasta Lircay esta bifurcación no es sensible aún en Chile. Los ricos protegen todavía a sus parientes pobres y los reconocen en la vida social. Unos y otros se llaman a sí mismos *caballeros*, y sólo se entienden diferentes de la masa anónima de los campesinos y artesanos. Pero después de Lircay la pobreza de los caballeros pobres se hace apremiante. Sin comercio y sin industria, que eran entonces desdorosos, y sin tierras, que habían perdido, o que no podían cultivar, o que no rendían suficientemente, tan sólo los *destinos* públicos los ayudaban a vivir. Pero éstos no eran entonces innumerables, como ahora, y sólo se daban a los amigos del gobierno, como siempre. Así empezó la servidumbre dorada de los gobiernistas y la miseria rabiosa de los opositores.

Así nacieron los *pipiolas*, cuya actitud era la de pedigüños famélicos. Los pipiolas eran los caballeros pobres que estaban fuera del gobierno. Con la derrota de Lircay quedó una muchedumbre de ellos relegada por tres generaciones a una miseria afanosa y llena de tristeza.

Fué una cosa admirable que conservase esta casta pipiola su orgullo de clase. Su origen genealógico común con la más elevada aristocracia está establecido con los propios libros nobiliarios publicados por los cultores del abolengo; pero su mengua económica los llevó de modo seguro a formar una clase nueva,

separada de los caballeros ricos, que habían sabido conservar o incrementar su patrimonio, o en algunos pocos casos, rehacerlo.

Estos pipiolos de 1830 fueron el fermento de la lucha cívica desde entonces hasta nuestros días. Mientras ellos se adaptaban a su nueva vida o se rebelaban en partidos, asambleas, logias, ateneos, asociaciones de cultura, y aún en motines y asonadas, siempre con el ánimo de volver a la aristocracia o desplazarla, un fenómeno nuevo se producía en la república. Fué éste el ascenso social e intelectual del proletariado, primero el de los pueblos y ciudades, y más tarde el de las aldeas y villorrios, y aun el de los campos. Este ascenso se produjo por elevación de elementos egregios, que después de pasar por la escuela, el liceo y la universidad, entraron con pie firme en la clase media, y se confirmó con el enriquecimiento económico y la difusión de la cultura refleja.

Con ello la clase media se diseñó netamente y ya los aristócratas afectaron abrazarla a toda con el mismo desdén. Desde la segunda mitad del siglo XIX, la clase media fué llamada desdeñosamente *siútica* por la aristocracia, que llegó a creerse de veras de un origen racial diferente.

Esta separación social dió asidero a la separación administrativa y política: los altos grados de la política, del ejército, de la marina, de la universidad, de los tribunales, del servicio diplomático, de la banca, de las grandes reparticiones del estado, fueron exclusivamente para la aristocracia, aun indocta o escasa de inteligencia, y sólo las funciones secundarias, de labor excesiva y poca renta, para los siúticos, aun egregios.

Es seguro que la oposición a Portales en 1836, la revuelta de Cruz en 1851, la fundación del partido radical hacia 1868, el auge de la masonería y la efervescencia política de 1890 a 1891, reconocen por principal motor subjetivo la aspiración creciente, ciega, enardecida y casi angustiada de la clase media por conquistar las posiciones administrativas, políticas, sociales y económicas que los siúticos desdeñados creían merecer, sobre todo si consideramos su cultura superior y su mayoría indiscutible.

Hasta después de 1891 no se les ocurrió sin embargo hacer causa común con el proletariado, al cual caballeros y siúticos entendían *proteger* con escuelas, orfanatos, hospederías o medidas legislativas, pero al cual no pretendían asimilar, ni menos asimilarse a él.

Sólo en el siglo XX, hacia 1905, algunos intelectuales distinguidos y generosos (sin duda el más notable de ellos fué Pedro Godoy), intentan la redención total del proletariado mediante la prédica de ideas sociales venidas de Europa. La fundación del partido demócrata algunos años antes no tenía vistas profundas. Sus primeros jefes, como los actuales, se contentaban con alcanzar posiciones políticas personales, que no modifican la condición del proletariado, ni menos lo incorporan dignamente a la sociedad general. Los jóvenes de 1905 no entendían el problema de modo tan mezquino. El hombre del pueblo era para ellos tan digno y libre como el burgués aristócrata o de la clase media. A él debía llegar la verdad filosófica y la científica, la cultura literaria, histórica o artística, el bienestar material, la justicia de los tribunales y el respeto de la policía. Según algunos, bastaba para conseguir todo ello con destruir los gobiernos, las instituciones y las jerarquías; según otros, por el contrario, había que derribar el gobierno burgués y establecer el estado proletario que garantizara al pueblo las condiciones económicas, jurídicas, intelectuales y morales sin las cuales vive en la esclavitud y la degradación.

Este movimiento proletario, mucho más amplio y generoso que las aspiraciones de medro social de la clase media, enardeció los corazones y la fantasía de la juventud que abrió sus ojos a la luz de las ideas sociales entre 1905 y 1920. Una pléyade infinita brotó de la universidad, de las imprentas, de las escuelas, de los talleres. Profesionales, profesores, estudiantes, poetas, escritores, oradores, obreros de todo linaje, se reunían, discutían, escribían, predicaban, se organizaban en una marea apocalíptica que puso pavor en la aristocracia vacilante cuando se dió cuenta de la inaudita extensión de aquella inquietud generalizada.

Ya desde 1911 se habían intentado persecuciones judiciales contra los obreros revolucionarios; pero las leyes liberales que entonces existían los ponían a salvo en procesos honrados y regulares. Pronto los jueces empezaron a violar la ley abiertamente para satisfacer los miedos de la aristocracia dirigente. El juez Santapau condenó inicuaamente a Voltaire Argandoña hacia 1917, mediante una prueba infame arreglada por la policía. En 1918 y 1919 hubo procesos célebres, de una iniquidad inaudita, que culminaron en 1920 con el llamado de los subversivos, que fué entregado al celo interesado del inquisidor Astorquiza, quien agregó luego a esta causa otra no menos siniestra que siguió con motivo del asalto a la Federación de Es-

tudiantes, en la cual soltó a los delincuentes y encarceló a las víctimas.

El movimiento obrero había dejado muy rezagados a los partidos políticos llamados de avanzada. El más fuerte y famoso de todos ellos, que contaba a la sazón con jefes de talla y una juventud idealista y generosa, era sin duda el partido radical. Su juventud peroraba en un bullicioso centro de propaganda, pero era fácil advertir que toda ella era indocta y vocinglera, y estaba a una distancia intelectual astronómica de la gente que encendía y animaba las inquietudes del proletariado. Pedro Godoy, Luis Ross Mujica, Valentín Brandau, Javier Lagarrigue, Juan Gandulfo, Laín Díez, Pedro León Loyola, Federico Carvallo, Julio Saavedra, Alejandro Parra, Augusto Pinto, Julio Rebosio, Armando Triviño, Luis A. Silva, Luis Recabarren, Ismael Parraguez, Aquiles Lemire, Ernesto Soza, no tenían ningún equivalente doctrinario o moral entre los afiliados del viejo partido, que se decía de avanzada. Sólo Rigoberto Soto, por su fe encendida y pura, podía emularlos. En cambio tenía el partido radical hombres más diestros en la acción electoral de propaganda, organización, control del sufragio, falseamiento de escrutinios y procesos por fraudes o vicios electorales. Sus jefes comprendieron de inmediato la importancia que para la lucha presidencial de 1920 tendría la adhesión de los estudiantes universitarios y de las corporaciones obreras.

Esta necesidad electoral fué la determinante de la actitud pseudo-revolucionaria del candidato Alessandri.

Personalmente no era ningún avanzado. No pertenecía siquiera a la comedia revolucionaria de la juventud radical. No era ni siútico ni pipiolo. Aristócrata por familia y por educación clerical, liberal coalicionista de los días de Errázuriz Echaurren, se había apartado de la masonería y hasta de su lechoso partido liberal, en cuyo seno no contaba con adhesiones sustantivas. Buen orador, claro, enérgico y resistente, apasionado y cordial, aspiraba no sin méritos a la primera magistratura, que la llamada democracia confiere de vez en cuando a los barítonos, y que en Chile habían empuñado hombres opacos como Jorge Montt, Riesco, Pedro Montt, Barros Luco, y Sanfuentes.

Pero la vieja aristocracia lo resistía. Afectaba ignorar que era Palma Guzmán por su línea materna, de la rancia estirpe de los Pérez de Guzmán y los Trastámara de Castilla, y sólo subrayaba el nombre italiano de Alessandri, cuyo abolengo

no era paladinamente reconocido, ni menos de ilustre raigambre castellana.

En 1918 le habían dado una candidatura senatorial dudosa, que ganó con estrépito. Se dejó llamar entonces el león de Tarapacá y tomó contacto íntimo con los más decididos elementos de la juventud radical. Ungido por ésta candidato suyo a la presidencia, las circunstancias lo empujaron a abrazar la causa proletaria, que traía estremecidos a los estudiantes universitarios.

Esta candidatura fué la chispa que hizo estallar el movimiento del año veinte. El fervor, la fe, el sacrificio heroico, la alucinación apocalíptica, fueron el aporte del proletariado idealista y de la juventud universitaria. Ellos dieron el tono santo, la esperanza ciega, a la contienda electoral, comunicaron su entusiasmo a las mujeres y a las muchedumbres, organizaron las colectas y desfiles, sufrieron la persecución y la cárcel, desarrollaron el misticismo cívico, sostuvieron al candidato enloquecido y vacilante, y transformaron su derrota en los comienzos en una victoria efectiva en la calle pública.

Esto explica el desengaño posterior. Alessandri era un mesías improvisado y circunstancial. Nada sabía de los dolores proletarios, de la justicia social, de la reforma educativa, de la igualdad republicana, de la jerarquía cívica, de la organización de los servicios públicos, de los problemas de la gente humilde. A todo pretendía suplir con su intuición, sus sentimientos generosos, y su indudable perspicacia. No sólo de nada le sirvieron estas facultades extraordinarias, sino que se rodeó de hombres que sumaban a su incapacidad enciclopédica una ansia de placer desenfadada y morbosa y una ambición de adolescentes temerarios. De 1921 a 1924 el gobierno nuevo, el gobierno revolucionario, el gobierno mesiánico, el gobierno del partido radical y de los siúticos egregios, vivió en una esterilidad bulliciosa y dispendiosa, gritando y contradiciéndose cada día y amenazando al país con una bancarrota sin remedio. La reacción, que entre tanto se había recobrado del susto de 1920, adquirió algunos militares inexpertos y no muy exigentes y puso con ellos fin al gobierno de Alessandri en unas pocas horas de tintineo de sables y espolines.

Pero la primera parte de la aspiración social del pipiolaje se había cumplido inexorablemente. En enero de 1925 el gobierno oligárquico y reaccionario nacido de la revolución militar de 1924 fué reemplazado. La masonería cogió el timón y lo mantuvo con Ibáñez durante seis años en medio de vai-

La generación del año 1920

venes, angustias y persecuciones. Cuando Ibáñez cayó, en 1931, hubo una veleidad de reacción que duró menos de un año, con una nueva crisis militar y una nueva venida del antiguo mesías, ya más moderado y ponderado. Pero los diez años de sacudimiento habían amansado a la vieja aristocracia. Los siúuticos fueron ya tratados como iguales. El reparto de sinecuras, prebendas y contratos fué más equitativo, y pareció por un momento que la vieja trizadura de Lircay había desaparecido. La elección presidencial de 1938 delineó nuevamente los campos, pero esta vez el llamado frente popular, esto es la alianza política de la clase media y el proletariado, a pesar de numerosas defecciones de pseudo - aristócratas, ganó de veras en los comicios y pudo Pedro Aguirre inaugurar un gobierno de franca y voraz siutiquería, cuya ineficacia multiforme sólo es comparable al endiosamiento postizo con que lo han pretendido adornar, *invita Minerva*, sus hermanos de la logia. Su muerte prematura no dió opción alguna a la reacción desesperada, pues a pesar de haber elegido un candidato que nada tenía de caballero, su mal tino la hizo fracasar ruidosamente y dió el triunfo a un pésimo elemento del frente popular, que a pesar de su oportunismo vergonzoso y torpe, no ha dado aún base a la reacción para el ansiado desquite.

Puede considerarse que la clase media ganó definitivamente la partida política, y ello es en cierto modo una desgracia. Por una parte no tiene ella conciencia alguna del problema proletario, ni menos lo concibe en la forma generosa, amplia y humana en que lo concebía Pedro Godoy o lo plantea la doctrina positiva, y por otra carece de noción de la jerarquía social y de la necesidad de la conservación política. El frente popular es un conglomerado ávido y ciego, que roe y destruye, sin crear nada ni concurrir efectivamente al trabajo social, que más bien estorba. Ni vistas políticas internacionales o continentales, ni sentimiento de la dignidad humana, ni doctrina de las garantías públicas, ni interés por la eficacia de las funciones del estado, ni conciencia de los deberes públicos, ni ideas claras y positivas sobre educación, sobre policía o sobre justicia, ni principios económicos o jurídicos, ni siquiera firmeza o energía de carácter, aparecen entre su masa amorfa y gozadora. Su incoherencia orgánica traerá, a no dudarlo, su caída en la primera oportunidad, y esta nueva crisis postergará los más graves problemas de la estática y de la dinámica social.

Almaflor, 8 de Julio de 1945

No se sabe si el año 1920 comenzó a las 24 horas del 31 de Diciembre de 1919 o a las 0 horas del 1.º de Enero; igual incertidumbre existe acerca de cuando terminó. Sin embargo, nadie duda de la existencia del año 20 y ella está bien marcada en el calendario. Lo mismo ocurre con la generación que lleva su nombre. ¿Cuándo nació? ¿Vive aún? ¿Desapareció para siempre realizándose sólo en una leyenda?

A los que en ella se nos incluye nos resulta casi imposible la respuesta a interrogaciones más difíciles que las formuladas por la esfinge.

¿Qué fuimos? Un heterogéneo conglomerado de hombres de todas las edades, venidos de todas partes, y a los que impulsaban todos los sueños.

En él figuraron desde el Dr. Fernández Peña, eterno y tonante como los dioses, hasta el alumno del V o VI Año de Humanidades, ingenuo y efímero como la adolescencia, y que no dejó ni siquiera el recuerdo de su nombre.

A él pertenecían obreros, artesanos, estudiantes, profesores, filósofos, políticos y artistas; unos pocos diletantes y ningún usufructuador.

La América Latina tenía en él su representante y hombres misteriosos de Italia y España hablaban, en las largas noches frías de invierno, de Malatesta y Ferrer.

¿Qué hicimos? Las Fiestas de la Primavera y la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional; el Club de Estudiantes, instalado en un palacio, y las grandes huelgas del carbón; la Revista *Juventud* y el incendio de la Escuela de Farmacia. En síntesis: despertar la conciencia de la masa y el alma de los universitarios.

¿Qué destruimos? Infinitos prejuicios.

*

¿Tiene un significado en el acontecer chileno la generación del año 1920?

Como aquella a que pertenecieron Bilbao, Santiago Arcos, Errázuriz, Lastarria, etcétera, jalona un período de nuestra historia.

Hace un siglo, la Sociedad de la Igualdad inició una emancipación de las conciencias luchando por la laicización del Estado; hace medio siglo, la revolución del noventa y uno fué el comienzo de nuestra libertad política; hace un cuarto de siglo, la Federación de Estudiantes emprendió la marcha por el camino que conduce a la liberación económica del ciudadano mediante la más justa estructura social.

Ninguna generación vió realizado el ideal que la inspirara. A los pocos años de emprendida la jornada, quienes encabezaron y dirigieron los primeros pasos, pierden toda significación; molestan a los que vienen de atrás y amargan con su sola presencia a los contemporáneos porque les recuerdan sus incertidumbres, sus temores, sus dudas en el momento de partir.

El movimiento pierde así lentamente su impulso y se detiene en una triste encrucijada cualquiera. El egoísmo triunfa, los entusiasmos se adormecen, la mediocridad brilla hasta que en un instante dado un nuevo grupo de hombres, a los que se da el nombre de generación, indican un rumbo cierto y reinician la marcha.

*

Me parece que hemos llegado a la encrucijada que marca el término del camino emprendido el año veinte.

¿Cuál será la nueva etapa? ¿En qué ideales se traducirá ese «anhelo de algo mejor» que, a través de todas las vicisitudes, es la razón misma de ser de la humanidad?

Tal vez no se tratará ya de problemas que afecten al individuo. La nación ocupará el sitio de éste. Quizá si la nueva voz de orden sea sencillamente: ¡Realicémonos como nación!

En calidad de tal seamos dueños de organizarnos de acuerdo con nuestras propias características; séanos permitido participar libremente e influir en la sociedad de todos los pueblos; permítasenos alcanzar nuestra emancipación económica.

Las mismas etapas que el individuo recorrió hasta realizarse como ciudadano, deben seguramente en el futuro vivir los países para llegar a ser verdaderas naciones.

No pueden permanecer estancadas largo tiempo las aguas sin corromperse; de ahí la imperiosa necesidad de que pronto una nueva generación reemplace a la del año veinte.

Eugenio González

Juventud veinteañera

(De una novela inédita)

Estudiantes y obreros, en Chile como en todas partes, tomaron la vanguardia de la agitación ideológica. La Federación de Estudiantes y la Federación Obrera se convirtieron en centros de contagiosa efervescencia revolucionaria. Noche a noche, en reuniones apasionadas y clamorosas, se discutían los problemas de la Política y de la Economía. Los mítines a que citaban las instituciones dirigentes congregaban en la Alameda de las Delicias a muchedumbres formidables, un poco indecisas aún pero que acogían con entusiasmo las consignas de los líderes del pueblo y de la juventud. El Gobierno estaba desconcertado; la clase rica atemorizada. El Ejército mismo, espina dorsal de la estructura del Estado, parecía vacilar por obra de una propaganda eficaz. El soldado había hecho, codo a codo con el obrero, la Revolución Rusa. La palabra So viet tenía un prestigio mágico.

Hasta la mocedad de los liceos llegaba la influencia de las ideas - fuerzas de la Revolución. Los mismos muchachos que en el comienzo de la guerra se habían dividido en «franceses» y «alemanes» — entonces recién se incorporaban a las Humanidades — ahora se dividían en «maximalistas» y «reaccionarios». No había término medio posible entre esas posiciones contradictorias. Había que estar con la Revolución o con la Tradición. Muchos, tal vez la mayoría, no entendían los términos de la posición; pero se guiaban al escoger por las instintivas preferencias de su carácter. Había algunos también, y no pocos, a quienes el conflicto de la época interesaba menos que una partida de fútbol.

*

Desde que leyó los primeros libros de doctrina, Enrique había tomado su partido. Carlos Salas inmerso por entero en sus nieblas poéticas no se interesaba por la Política «que es buena sólo para los ambiciosos», según decía reeditando la opi-

nión de su padre que fué herido en la batalla de Concón y después expulsado del Ejército por balmacedista. Astudillo era de los que preferían una partida de fútbol a una discusión ideológica. Por temperamento y educación se sentía inclinado a las sólidas convicciones mercantiles de su familia; no obstante, pudo más en él la simpatía de la amistad y se hizo maximalista como Enrique. A causa de haber hecho el elogio audaz de Lenin, a la hora de comida, delante de visitas, perdió durante un mes el auxilio pecuniario de su indignado progenitor.

Enrique comenzó a salir con frecuencia de noche, contrariando los deseos de Luisa y Adela que temían «le sucediera algún percance al regreso» en aquel barrio apartado propicio a los atracos. El sentimiento de la necesidad de luchar lo llevaba a las reuniones de los gremios obreros de los suburbios, a las conferencias que se daban casi diariamente en locales de propaganda, y sobre todo a las asambleas del Club de Estudiantes donde se dilucidaban complicados problemas de doctrina. Procuraba orientarse en la confusión de las nuevas ideas, aclarar el caos espiritual en que lo mantenían sus lecturas desordenadas.

Enrique salía de tales reuniones con la cabeza pesada y el alma revuelta. Mucha elocuencia, mucha ideología. ¿Dónde estaba la verdad, la neta y sencilla verdad? Socialistas, anarquistas, positivistas, sindicalistas, demócratas cristianos, individualistas, todos hacían brillar sus contradictorios sistemas, con vehemencia impresionante. Pero ¿no se preocupaban más de las palabras que de los hechos, de la belleza del discurso que del sentido de la realidad? Abundaban, entre los líderes universitarios, los idealistas impenitentes, de generoso corazón, pero de espíritu nebuloso. Enrique los estudiaba con respeto, esperando de ellos la orientación que necesitaba.

Había también en aquel ambiente abigarrado, personajes acerbos, roídos por el resentimiento y la ambición. Uno de ellos que no sabía hablar en público y cuyas ideas eran sobremanera turbias, había conseguido rodearse de cierta consideración adoptando una reserva enigmática que interrumpía sólo para decir cosas despampanantes que causaban asombro a los muchachos provincianos entre los cuales reclutaba sus admiradores. Andaba siempre con un libro nuevo debajo del brazo. Sentado en el hall del Club, aparentemente sumergido en meditación trascendental, atisbaba la llegada de algún novicio dispuesto al estupor. El instinto no lo engañaba jamás: los conocía a la primera ojeada. Procurando dar a su cara, lívi-

da y deformada, una expresión amable iniciaba con la víctima una conversación banal. De repente, comenzaba su juego: planteaba temas impresionantes, emitía juicios mordaces, exponía afirmaciones misteriosas.

— No compañero, usted no piensa. (El estudiante no había tenido tiempo de decir nada.) Aquí los dirigentes son todos cretinos. Hablan de Revolución y no saben lo que es la Revolución. Por lo demás, la Revolución es algo sin importancia. Lo que vale es la vida. Sí, compañero, la vida. . . .

Y agregaba moviendo la nariz quebrada y levantando el labio sobre los dientes amarillos, en un tic que realizaba la fealdad de su cara biliosa:

— ¡Qué cretinos! ¡No sienten la palpitación vital de la vida!

Una tarde de Sábado en que Enrique pasó al Club donde había quedado de juntarse con Astudillo para jugar al billar, sufrió el asedio del desesperante iconoclasta. Estaba repantigado en un sillón, dormitando con *El Mercurio* sobre las rodillas. Moscas tenaces le hacían lanzar a cada rato roncos gruñidos de impaciencia. El estrecho local, a esa hora roncoso invitaba al descanso plácido. De la cantina, no venía el habitual ruido de dados y de copas. El guatón Araya, el barman, con la frente contraída por el esfuerzo intelectual, hacía cálculos hípico en el mesón. De afuera, llegaba el estruendo de los tranvías de San Diego. Tranquilizado por la soledad, Enrique se sentó cerca de la puerta.

Velasco abrió los ojos y, al ver que no estaba solo, sacudió su modorra. Enrique le pareció un interlocutor posible. Callado, se dedicó a observarlo. Pronto se convenció de que era un adolescente desorientado en quien podría ejercitar sin peligro su afán de crítica. Tal vez, un discípulo en potencia. A muchachos como ése le complacía llenar de dudas acerca de los dirigentes de la juventud a quienes odiaba, infundirles un corrosivo desencanto de los ideales en boga, sumergirlos, con analítica mordacidad, en un nihilismo total. Disfrutaba de un goce sádico envenenando la fe todavía cándida de los que llegaban a la capital, ansiosos de conocer la vida verdadera soñada en la paz aplastante de la provincia, y de los recién egresados del Liceo que entraban a la Universidad animados de fervor apostólico por las grandes ideas que se creían llamados a servir. Enrique parecía de estos últimos.

Alzó la voz, chirriante y agresiva, preguntando:

— ¿Ha leído *El Mercurio*, compañero? Viene un artículo curiosamente estúpido sobre lo que pasa en Rusia. Matanzas

de niños y mujeres en los campos, miles de muertos de hambre en las ciudades, fusilamientos y torturas a destajo. Y de todo esto saca la consecuencia que es necesario defender a todo trance el régimen actual, fundado en los derechos del hombre que proclamó la Revolución Francesa. ¿Ha visto usted cosa más imbécil que los tales derechos del hombre? El articulista no comprende nada, compañero. Los comunistas son cretinos, evidentemente, y su gobierno es abominable. . . .

Interrumpióse, de súbito, para inquirir moviendo la nariz como si husmease:

— Supongo que usted no pertenecerá a la Iglesia Moscovita. ¿Me equivoco? No puede ser: usted es muy joven para estar corrompido.

Enrique se sintió molesto. Hubiera querido responder, pero no sabía cómo hacerlo. Temía una discusión con aquel estudiante que había visto departiendo con los «líderes». Era seguramente miembro de la «Directiva». No dejaron de sorprenderlo, por tanto, las ideas que manifestaba. No podría tratarse de un «reaccionario», desde luego. Eso, de ninguna manera. Quizás se encontraría en un momento de mal humor. O bien acaso pretendía estimularlo, con fingidas críticas, a que expusiera sus propias convicciones. Decidió mostrarse cauteloso. Esa cara lívida, esa mirada huidiza, ese tic obsesional no le inspiraban confianza. Además, la risa sin motivo con que interrumpía sus frases tenía algo repugnante que encogía la piel como un contacto viscoso.

— No, compañero, no he leído el artículo de que me habla — contestó Enrique, eludiendo el objetivo hacia el cual Velasco quería conducir la conversación.

Velasco no dió muestras de haberlo oído. Parecía meditar. De pronto exclamó con violencia, como si respondiera a la objeción que alguien formulase a su oculto pensamiento:

— Basta observar, compañero. Comunistas, burgueses, todos la misma porquería en el fondo. Palabras para los imbéciles; balas para los rebeldes. Nada más. Cada uno debe vivir su vida, con la mayor plenitud posible. ¿La sociedad? ¿El Estado? ¿La Religión? ¡Mugre! ¡Pura mugre! Sólo existe el yo. Y el único bien es la libertad. . . .

Agitando los brazos en gestos rápidos, tenía con su perfil estafalario el aspecto de un pájaro aleteante. El invencible mutismo de Enrique que se limitaba a sonreír de un modo vago, terminó por fastidiarlo. El Club empezaba a llenarse de estudiantes. El guatón Araya había tenido que abandonar sus

elucubraciones turfísticas para atender el mesón. Las mesas de metal que constituían el amoblado de la cantina resonaban al golpe de los cubiletes. A cada instante rechinaba la mampara de la puerta y entraban jóvenes en comparsas. Los billares estaban ocupados.

Velasco se levantó bostezando para salir al encuentro de un compañero de la Escuela de Agronomía.

También en aquel momento llegaba Astudillo. Como no había mesa alguna disponible para jugar al billar, salieron a dar una vuelta por el centro. Enrique relató a su amigo la breve conversación que sostuviera con Velasco. Estaba algo intrigado por la excéntrica conducta del sujeto y el giro inesperado de sus ideas. Parecía inteligente, siempre andaba con un libro, pero inclinaba al distanciamiento, talvez por aquella fealdad suya que su repulsiva risa acentuaba. Debía ser de aquellos seres que, conociendo sus defectos, abominan de los que no los tienen y procuran hacerles cuanto daño pueden. Un individuo desagradable, en suma.

Astudillo que lo conocía de vista, le encontraba un aspecto helado y sinuoso de ofidio.

*

Mientras tanto, al otro lado del mar, en los campos de Europa, seguía el estruendo de la catástrofe; pero, en medio de las hecatombes, había surgido un terrible resplandor. La Autocracia Zarista había caído y en su lugar, después del vacilante interregno de la República Burguesa, se había instalado la Dictadura Proletaria. Todos los pueblos del mundo miraban hacia la estepa rusa de donde venían las consignas del Nuevo Evangelio. En los mismos ejércitos, entregados todavía al furor de las grandes matanzas, se propagaba la emoción revolucionaria. ¿Iría a brotar del espanto bélico la vida verdadera? Moscú señalaba el camino de la salvación. Anhelantes y castigadas, en los campos, en las ciudades, en las trincheras, las multitudes se volvían hacia la estrella roja que se levantaba en el Oriente. La inquietud de los días decisivos recorría el mundo.

Daniel Schweitzer

Juan Gandulfo

Fueron sus signos la generosidad, lindante con la abnegación; la constancia y el tesón infatigables al servicio de las propias convicciones; una permanente inquietud de saber y un renovado afán de superación, y por encima de todo, un grande amor a cuanto significara el bien, o la verdad, o la justicia. De ahí su dinamismo, su multiplicidad, el calor de sus entusiasmos, la simpatía de su acción.

Dotado de gran inteligencia, su personalidad subyugaba. Cuando le conocí, adolescente aun, su espíritu rebelde tendía al anarquismo. Pero jamás el egoísmo fué su norte, porque le movieron los más nobles impulsos de bienestar social.

Cursó en el Liceo de Valparaíso sus estudios secundarios y en 1913 llegó a la Universidad para seguir la carrera de médico. Y aunque fué siempre concienzudo, no podría decirse de él que fuera un alumno brillante. Estaba formándose su personalidad y, hombre de carácter, atendía la ayudantía del profesor Noé y la del profesor Cádiz en el Instituto de Higiene... ¡Con qué amorosa prolijidad preparaba los cuadros, dibujos, esquemas, que iban a aliviar en seguida la lección de los maestros y a facilitar la comprensión de los estudiantes! Más tarde trabajó en la Casa de Orates y en la Asistencia Pública.

Después hizo clases él mismo; en escuelas nocturnas; en la Universidad Popular Lastarria; en los sindicatos obreros.

Por entonces, también integró la directiva de los organismos estudiantiles, y fué vicepresidente de la Federación de Estudiantes de Chile. Memorables campañas de moralización y decencia llevadas a cabo entonces, lo contaron siempre entre sus más prominentes organizadores. Era la época de Santiago Labarca, de Federico Carvallo, de Alfredo Demaría, que tan honda huella dejó en nuestro país. Juan Gandulfo, sin ser orador ni escritor, llegó a ser la voz más clara y directa, incisiva y mordaz, en todos los debates, y la pluma mejor cortada para escribir los «carteles» que semana a semana publicaba *Claridad*.

Por el tesón y la constancia era un obrero; por la perfección que alcanzó, era un artífice. Así se demostró en cuanto cirujano; y más tarde cuando se especializó en cirugía infantil. Porque en sus últimos años había llegado a ser un notable especialista, y entregaba a los estudios y a su labor profesional todas sus energías que antes irradiara en el amplio campo de su vida de infatigable luchador. Había entrado, con la madurez, a un remanso apacible y tranquilo, en el que conquistó merecidamente aprecio y distinciones unánimes.

En esta placidez lo sorprendió la muerte hace diez años, una mañana, en el camino de entrada a Casablanca, cuando se dirigía a visitar a su madre.

Antes del año 20, apogeo de las corrientes de renovación y de justicia social que culminaron en la Declaración de Principios de la Federación de Estudiantes de Chile y en la presidencia de Alessandri, ya Juan Gandulfo había formado parte de la Asamblea de Alimentación Nacional; difundido con amplitud la I. W. W. y caído preso varias veces.

Así, proteica y multiforme, era su actividad incansable. A la vez que predicaba entre los obreros el sindicalismo revolucionario, y echaba las bases de sindicatos de trabajadores que atravesaron las numerosas vicisitudes que a lo largo del tiempo todos los gobiernos les prodigaron, organizaba policlínicas para la atención de las familias obreras y trabajaba entusiastamente en ellas; colaboraba en el movimiento universitario; escribía en la prensa estudiantil y en los periódicos del pueblo; hacía clases, dictaba conferencias, y atendía su consulta profesional, siempre concurrida.

Derramaba toda la perfumada generosidad de su espíritu, y su dinamismo era contagioso, hacía escuela, lograba imitadores, provocaba una sana emulación.

En la época de oro estudiantil, el nombre de Gandulfo era sinónimo de revolución, de desorden, para la torpeza burguesa y gobernante. Por eso, cuando los crímenes amparados por la autoridad se cometían, Juan Gandulfo era víctima segura, víctima santa, como lo fueron Pedro León Loyola y Santiago Labarca. La reacción nunca se ha equivocado y su persecución no dejó de hacer blanco en hombres inconciliables con ella: así fuera Recabarren, entre la gente obrera, o Carlos Viña, entre los intelectuales.

Sin embargo, yo que fuí muchas veces su abogado defensor, no puedo evocar sin emocionarme, mis entrevistas con Juan Gandulfo en la Penitenciaría de Santiago. Acudía a darme

informaciones apresuradas, durante cortos instantes, porque — decía disculpándose mientras con una mano se tomaba el albo delantal largo y en la otra sostenía una jeringa de inyecciones— todavía le quedaban muchos enfermos que atender. Privado de su libertad, continuaba haciendo el bien, a los presos primero, a los guardias en seguida; a la familia de los jefes después y, por último, a todos los necesitados del barrio. De ahí que no tuviera tiempo para entretenerse conmigo, a quien suponía suficientemente informado de las causas del proceso.

Dijo siempre la verdad, con formas agresivas y punzantes, prodigando los símiles directos, a veces atrevidos en demasía. Era difícil olvidarse de una asamblea estudiantil u obrera, en que Juan Gandulfo había intervenido. Los militares alzados en 1924 deben recordarlo, porque fué él quien contestó por los obreros las insinuaciones y proposiciones que fueron a hacerles en la propia casa de la I. W. W., aun perseguida como asociación ilícita. Ni Carlos Vicuña, ni Santiago Labarca, ni Pedro León Ugalde, ni yo, estimamos que fuera preciso algo más. Y eso que Armando Triviño, con su lirismo y su ingenuidad, había quedado seducido por el canto de sirena que le hicieron escuchar, así acababa de expresarlo nuevamente allí. (Lo que no impidió que pocos días después Triviño reaccionara y, saliendo de su error, me ofreciera personalmente toda su cooperación en la forma que se le solicitara para contribuir a desplazar el Gobierno militar recién entronizado.)

Para comprender bien el valor social de Juan Gandulfo y de la obra ingente que desarrolló, debe situársele en el medio y en la época. Me refiero a los alrededores de 1920.

En aquellos años, todo el que aspiraba a darle contenido humano y social a la acción del Estado o de los grupos, era motejado de «subversivo». Protestantes, descontentos, visionarios, idealistas, políticos, organizadores, propagandistas, en una palabra, los forjadores del porvenir, se englobaban para la autoridad y también para las clases que detentaban el gobierno, en una sola denominación: «subversivos». Para ellos eran la persecución y la cárcel, los procesos, el odio y la animadversión oficiales. Nada importaba que su actividad alentara generosos afanes de superación y de mejoramiento colectivos; la obstinada porfía por conservar las formas consagradas de la convivencia y por mantener en las situaciones de mando y de poder a los que tradicionalmente los habían usufructuado, cegaba por completo aun a gentes que tenían el deber de anticiparse a la evolución ineludible, que el progreso de las ideas,

de las instituciones y de los modos tradicionales de proceder traían consigo en el mundo entero, después de la inmensa sacudida que significó la guerra del 14.

Dos cuerdas han hecho vibrar siempre con éxito las burguesías del mundo entero, cuando han creído sus intereses en peligro: el patriotismo y la defensa del orden establecido. La selección espiritual que congregara la Federación de Estudiantes de Chile sufrió la mordedura de ambos sistemas de ataque. Porque en materia internacional aspirábamos a que se resolviera por medios pacíficos la vieja diferencia con el Perú — actitud que, por lo demás, era la que oficialmente asumía el gobierno — se nos tildó de antipatriotas. Más de una vez se inventó que la Federación celebraba sus sesiones bajo una bandera peruana. De «peruanos» se motejó a Juan Gandulfo, a Pedro León Loyola, a Carlos Vicuña, y a los demás se nos dijo «vendidos al oro del Perú», como a Santiago Labarca y a mí. En la contienda presidencial de 1920 circuló la especie de que existían, en el proceso de «los subversivos», que tramitaba como ministro sumariante, don José Astorquiza, gravísimos antecedentes que demostrarían que la candidatura de Alessandri disponía de dineros llegados del Perú. Y cuando este candidato solicitó oficialmente una certificación que desmintiera el avieso rumor anónimo, se le impidió esclarecerlo, pretextando la reserva de las investigaciones del sumario. Por una curiosa paradoja, pudo establecerse que el juez a cargo de ese proceso, aun cuando había desempeñado durante largos años la magistratura judicial en Chile, reservada exclusivamente para los chilenos, era oriundo del Perú. Claro es que la recusación del Ministro, formulada sobre esa base concreta y gravísima, no pudo prosperar...

Los «subversivos», además de antipatriotas, lo que constituía un delito moral, eran también enemigos del orden, es decir, atentaban contra las instituciones fundamentales del país, lo cual ya era peor, pues debía sancionarse como delito penal. Y aunque se perseguía la propaganda de las ideas, la difusión amplia de la cultura, sin encontrar los terribles crímenes de «alzamiento a mano armada contra el Gobierno legalmente establecido» o de alzamiento público, constitutivos de rebelión o de sedición, quiso penarse la propaganda, a cuyo efecto se inventó la «sedición por astucia», prevista naturalmente para cuando mediante astucia se incurre en sedición o en rebelión. Un Congreso Policial reunido en Buenos Aires en 1919 recibió de Federico Carvallo una protesta sutil que, no cabe duda, fué superior a

la capacidad de comprensión de esos congresales: «Las ideas se combaten con ideas, y no con el sable», telegrafió el presidente de la Federación de Estudiantes de Chile.

Procesados, como decíamos los defensores ante las Cortes, por alzarse «a boca armada» y no «a mano armada», los obreros y sus dirigentes no lograban tregua de parte de la autoridad. Juan Gandulfo no iba a librarse de esta persecución, y durante muchos años permaneció afectado al proceso contra la I. W. W., denominado contra los subversivos, que después de pasear por el estrado de incontables jueces, fué a morir blandamente en un sobreseimiento definitivo decretado en Valparaíso allá por 1924 o 1925.

Esta porfiada acción gubernamental fué, por cierto, contra-productiva. A la fe encendida y generosa de los voceros de la nueva verdad social, vino a unirse, para el pueblo que la escuchaba, el halo dignificante de la persecución que convertía en víctimas a los propagandistas. A virtud de ello nació una mística que daba mayor fuerza de convicción a las palabras, porque el alma popular acogía a los agitadores con simpatía profunda, en la certeza de que buscaban favorecer al pueblo, siempre olvidado, hambriento, mal alojado, enfermo, paria o esclavo dentro de la sociedad.

Alguien me preguntaba cuándo y cómo nacería en el espíritu de Juan Gandulfo esa fe profunda, esa convicción de visionario, que difundió por todas partes a lo largo de sus mejores años. Yo no lo sé. Pero quiero pensar que fuera su espíritu observador y penetrante, herido por la miseria popular desde sus años juveniles, cuando acompañaba a su padre en las rudas y esforzadas tareas de contratista para la ejecución de obras públicas, y más tarde cuando la vida lo condujo al hospital, al conventillo y a la fábrica, lo que despertara en él la rebeldía que cantó, que aconsejó, que enseñó, una vez que conoció las injusticias sociales y aprendió los medios con que en el mundo se las combatía.

Su constancia era infatigable. A un personaje turbio que frecuentaba los núcleos y las organizaciones obreras, donde había alcanzado a disfrutar de influencia y figuración prominentes, lo desenmascaró como traidor de la clase trabajadora: era un soplón a sueldo de la policía. Desde entonces, Juan Gandulfo lo vigiló y lo siguió en todas sus intenciones de agente provocador, e iba repitiendo por doquiera sus comprobaciones documentadas. El hombre, al cabo desengañado, se resignó a desempeñar desembozadamente su oficio de policía.

En la Penitenciaría conoció Juan Gandulfo a Toro Concha, que cumplía una condena a presidio perpetuo, por el crimen de uxoricidio. El proceso había sido muy ruidoso, y voces claras, expertos de renombre y hasta una sentencia efímera habían sostenido que se trataba de un suicidio y no de un crimen. Numerosas comisiones médicas practicaron exhumaciones, reconocimientos, pericias técnicas reiteradas, que apasionaron largo tiempo a los sostenedores de ambas tesis. Según un examen médico, el inculcado había sostenido una lucha con su víctima, y su cuerpo, su espalda principalmente, mostraba las huellas de esa lucha.

Cuando algunos años después se quiso paliar el indulto con que el gobierno favoreció a un uxoricida, recién condenado, sin que cupiera dudas acerca de su responsabilidad penal, ofreciendo también el indulto a Toro Concha, Juan Gandulfo salió a la palestra y publicó un artículo formidable, por su valentía y su claridad, en el que, sobre su firma y con su reputación de hombre de bien, afirmaba que no existía ninguna de las cicatrices que debía ostentar la espalda de Toro Concha, por él prolijamente examinada durante un tratamiento médico a que lo sometió mientras estuvo preso con él, lo que revelaba su inocencia. Y no se puede indultar juntos al criminal y al inocente, concluía. Por lo demás, las conclusiones imparciales del Profesor Balthazard, eminencia de la Medicina Legal, afirmaban que en el caso de la muerte de doña Zulema Morandé de Toro Concha, se trataba de un suicidio de melancólica...

Así sabía campear Juan Gandulfo por la verdad y la justicia.

Cuando en 1927 arreció la persecución que caracterizó el paso de Ibáñez por el poder, hube de ocultarme. Algunos días pasé en casa de Juan Gandulfo, que al despedirme me confió que Pedro León Ugalde me vendría a reemplazar.

Este era su corazón. Su corazón que amó a los suyos entrañablemente, a sus amigos con lealtad fervorosa, a los pobres y a los humildes con sana piedad, a los trabajadores, con devota fe en una justicia social que debía ser la obra de ellos mismos, y a la mujer, con la delectación respetuosa y consciente del que busca en ella una compañera que no logró encontrar.

Carlos Vicuña ha referido, con vigorosa exposición inigualable, en páginas impresionantes de *La Tiranía en Chile*, lo que fueron aquellos años de lucha y de sufrimientos, a través de los cuales se ha ido forjando el Chile de hoy, con sus méritos y desventajas. Mirados hacia atrás, en la perspectiva del

tiempo, logramos apenas atribuir a esos afanes el contenido vital, espiritual y humano, de que estaban preñados. En su hora y a su tiempo, cada hombre tuvo un valor de símbolo, y en conjunto todos dejamos nuestra huella. Evocarlos trae la satisfacción de haber cumplido un deber inaplazable. Y en la evocación destacan con el brillo singular de que estuvieron dotados, los hombres más diversos, surgidos de todos los rincones de esta tierra y del mundo. A Juan Gandulfo le correspondió un papel de animador continuo; de crítico constantemente insatisfecho; de amigo entrañablemente cordial; de laborioso infatigable. De ahí que podamos decir, como hubiera sido grato para él escucharnos, que fué un gran corazón, una clara inteligencia, un hombre de acción, que hizo el bien y luchó por la verdad y la justicia.

Una página de la

declaración de principios

de la Federación de Estudiantes de Chile

III

CUESTION SOCIAL

La Federación reconoce la constante renovación de todos los valores humanos. De acuerdo con este hecho, considera que la solución del problema social nunca podrá ser definitiva y que las soluciones transitorias a que se puede aspirar, suponen una permanente crítica de las organizaciones sociales existentes. Esta crítica debe ejercerse sobre el régimen económico y la vida moral e intelectual de la sociedad.

Ante las necesidades reales de la época presente, estima que el problema social debe resolverse por la sustitución del principio de cooperación al de competencia, la socialización de las fuerzas productivas y el consecuente reparto equitativo del producto del trabajo común, y por el reconocimiento efectivo del derecho de cada persona a vivir plenamente la vida intelectual y moral.

Acepta la acción organizada del proletariado y la acción política no militante en cuanto concurra a la realización de estas nuevas concepciones de la vida social.

Declara, finalmente, que todo verdadero progreso social implica el perfeccionamiento moral y cultural de los individuos.

Junio de 1920.

Recuerdos de José Domingo Gómez Rojas

Cuando apareció en el salón de aquel centro de estudios sociales, Chumingo, como le llamaron después sus amigos, produjo asombro: no era frecuente ver por allí individuos que lucieran cuello de pajarita y corbata negra de lazo de rosa. Menos común era escuchar a alguien declamar, con la desenvoltura y el énfasis con que lo hizo — desenvoltura y énfasis que le valieron, de parte del pintor Gilbert, el sobrenombre de «Poeta cohete» — poesías originales.

Nos hicimos amigos. Debió tener, por ese tiempo, dieciséis años; yo era poco mayor: tenía diecisiete.

*

A pesar de que llevó una vida agitada y murió de modo dramático, los recuerdos que de él conservo son alegres y tiernos. De su vida familiar y de su vida íntima sólo supe de pasada. Conocí a su padrastro, maestro carpintero, que tosía de modo profundo — murió tuberculoso —; a su madre, señora de suaves maneras y de dulces ojos, y a su hermano menor — Antuco —, que actualmente, si no me equivoco, gana su vida como estucador. Otro hermano pequeño — Mañungo —, a quien también creo haber conocido, murió niño, causando en Chumingo penoso quebranto.

Cuando le conocí vivía por las calles de Esperanza y Romero — calles en que, según Acario Cotapos, ocurren todos los incendios que estallan en Santiago —; yo, por las de Brasil y Andes. Muchas noches le acompañé hasta su casa y él me acompañó, en retribución y en esas mismas noches, hasta la mía. Hablábamos hasta cerca del amanecer y varias veces le leí los horribles versos que componía. Sus conocimientos literarios eran muy superiores a los míos y me dió consejos, que me parece no haber aprovechado, animándome a seguir un camino que a él le fué cortado en plena repechada.

Después de aquellos tiempos sólo le ví a ratos. Estudiaba sus códigos y hacía versos, dedicando otras horas a empresas

amorosas. Pocas veces estuve en su casa y de esas pocas veces guardo recuerdos que no olvidaré nunca: su madre hacía las más ricas cazuelas que manos maternas han preparado bajo el cielo de esta tierra y que estómagos famélicos han devorado, más que comido.

De Esperanza y Romero la familia se trasladó a Nataniel, más allá de Avenida Matta. En aquella casa, antigua y amplia, conocí a Roberto Meza Fuentes, vestido de conscripto, la cabeza como bola de palitroque y un cuerpo adolescente que habría cabido cuatro veces en el que hoy luce ante sus contemporáneos. Vivió allí algún tiempo, como invitado. Allí vivió también, y en la misma condición — sin duda la familia era muy hospitalaria —, José Santos González Vera, a quien Chumingo, aficionado a sorprender a sus amigos, solía proponer enigmas de difícil solución.

— ¿Qué haré con tanto talento? — le preguntó cierta vez, tomándose la cabeza de modo que parecía temer que se le cayera de puro pesada.

Frunciendo los labios y sacudiendo con el índice la ceniza de su cigarrillo, González Vera contestó, sin vacilar:

— Suicídate.

*

Pocos años después de la publicación de su primero y único libro, *Rebeldías líricas*, el tono poético de Gómez Rojas cambió de modo rotundo: su revolucionarismo se transformó en un fuerte aunque un tanto vago misticismo y el poeta de los conventillos escribió *Miserere* y otros poemas en que hablaba de asuntos y emociones que no habrían interesado a los auditores de sus primeros versos, aquellos honrados y duros carpinteros, pintores, zapateros, albañiles o talabarteros que no tenían tiempo ni ganas de pensar en otra cosa que no fuese la revolución social. El «Poeta cohete» había muerto.

Dándose cuenta de ello y no queriendo quizá aparecer, de buenas a primeras, con aquel tono de voz tan diverso ante sus auditores o lectores, Chumingo inventó un poeta: Daniel Vásquez, a quien adjudicó la paternidad de las poesías que fué escribiendo. Las leía por ahí o las recitaba, causando sensación; era en realidad, una voz interesante en la poesía de ese tiempo.

— ¿Quién es este poeta? — le preguntaban.

— Un muchacho tuberculoso.

- ¿Dónde vive?
- Muy lejos y en una casa muy pobre.
- Queremos conocerle.
- Prefiere no ser conocido.

Mantuvo el secreto — que sólo era a medias — hasta que la revista *Los Diez*, con gran disgusto suyo, publicó uno de esos poemas bajo la firma de su verdadero autor. El poeta tuberculoso siguió al «Poeta cohete». Sólo quedó, entonces, José Domingo Gómez Rojas.

*

Era moreno, delgado, de estatura mediana, bigotito negro, boca bien dibujada, voz de buen timbre, réplica pronta y hábil. Era difícil dejarle callado. Creo que por esos tiempos peroraba en reuniones estudiantiles y políticas (¿había ingresado al partido radical?) y trozos de sus escritos y discursos de esa época son conservados aun y leídos en las veladas que anualmente los estudiantes celebran en su memoria. Por mi parte, jamás le oí en esos trances, quizá si premeditadamente: ya es bastante desgracia que existan políticos. Si además son poetas y amigos míos, la desgracia tiene caracteres de irreparable.

*

El año 1920 fué un duro año: nevó en Santiago y muchos postes telefónicos, abrumados por el peso de la nieve, cayeron sobre las casas. Sonaron tiros en la Plaza de Armas y un mozo cayó también. La imprenta en que trabajaba, «Númen», fué destrozada por una turbamulta. Entré a *El Mercurio* a trabajar como linotipista, en un turno que terminaba a las tres de la mañana. Gracias a ello no tenía tiempo (ni ganas) de asistir a reuniones políticas o de otro orden. Por otra parte, la candidatura Alessandri me era tan indiferente como el lucero del alba: aquellos honrados carpinteros, pintores, zapateros, albañiles y talabarteros me habían inmunizado para siempre contra esa clase de contagios. Mi salud, además, no era buena: Juan Gandulfo, atemorizado por mi delgadez y por algunos dolorcillos que se me hacían presente en la espalda, me había recomendado todo lo que un médico amigo puede recomendar a un linotipista amigo que trabaja de noche. Me enteraba de lo que ocurría por los sueltos que componía en mi

máquina. No supe, sin embargo, cómo y por qué tomaron preso a Chumingo y aún lo ignoro. Por esos días, al encontrarme con un amigo común, éste me dijo:

— Ayer fuí a la penitenciaría a ver a Chumingo. Le llevé azúcar, cigarrillos, café...

— ¿Cómo está?

— No lo ví: con el gendarme me mandó decir que hacía mucho frío y que se había quedado en cama; no pensaba levantarse.

*

A pesar de todo, llegó la primavera y, como todos los años, sentí que el sur me llamaba. Dejé mi máquina y me uní a un grupo de cómicos que partía con rumbo al Estrecho de Magallanes. En Puerto Montt, poco antes de embarcar, leí en los diarios la noticia de su muerte. Era aún un niño — no contaría más de veinticuatro años —, era inocente y era, además, poeta. Ninguna de esas condiciones le señalaba para víctima de una reacción, por inmundicia que ella pudiera ser.

*

Supe, en cierta ocasión, que me buscaba; le busqué a mi vez. Me dijo:

— Necesito que me hagas un favor. Me voy a presentar a un concurso teatral abierto por el Club de Señoras. Tengo la obra terminada, pero no puedo pasarla a máquina: debo preparar mis exámenes. ¿Podrías tú...?

No tenía nada que hacer y le contesté que sí. Añadió:

— Si me dan el premio, te daré el veinte por ciento. ¿Qué te parece?

No era un negocio en que se pudiera regatear, y si me hubiera ofrecido el medio, en vez del veinte por ciento, le habría dicho igualmente que me parecía bien, tan seguro estaba de que jamás vería un céntimo: Chumingo llevaba una vida agitada y la experiencia me había enseñado que si hay algo con que no se debe especular, ese algo es un concurso literario.

Me entregó la obra y me puse a copiarla de inmediato, pues el plazo de entrega se venía encima. Se titulaba *La Gioconda*, o simplemente *Gioconda* y me parece, si mis recuerdos no me engañan, que olía a D'Annunzio a cuatro cuadras. Cuando la hube terminado de copiar, se la entregué. Me agradeció y desapareció con ella en dirección al centro. Dos, tres, cua-

tro meses después, llegó a mi casa y con toda sangre fría, sin que se le moviera un solo músculo de la cara, contó ante mis ojos doce billetes de a diez: era el veinte por ciento ofrecido. Al día siguiente partí para unas vacaciones en Valparaíso, menos pesimista respecto de los concursos literarios y más optimista respecto del sentido de amistad y lealtad entre los hombres.

*

Durante un tiempo se aficionó al juego. Me dijo un día:

— Los garitos son un gran negocio y sería estupendo montar uno; pero completo, elegante, cómodo.

— Sí — le dije, pesimista también respecto de los garitos —, pero hay que tener gran capital. No todos los jugadores pierden.

— Es cierto — contestó —, pero nos arreglaríamos de modo que nadie saliera de allí con dinero.

— ¿Cómo?

— Por ejemplo: anexos a las salas de juego tendríamos salones de baile, con mujeres, ¿entiendes?, y allí...

Hizo el ademán de guillotinar a alguien. No me dí por satisfecho.

— ¿Y si al tipo no le gustan las mujeres? Hay casos así.

— Pero le gustará la bebida.

— Vaya uno a saber... Hay gente tan rara. Suponte que no le gustaran ni las bebidas ni las mujeres. Se iría con toda la plata.

Me miró, ya impaciente, y me dijo, en voz baja, como si temiera que le oyesen los futuros clientes del garito:

— No nos quedaría más remedio que tener también algunos atracadores. Cuando salieran, a la vuelta de la esquina...

Mi pesimismo triunfó esa vez. No siempre me la iba a ganar.

*

Nos encontrábamos, a veces, en la Avenida Matta, y cierta noche, acompañados de dos muchachos judíos, estudiantes de medicina, fuimos a dar al almacén que otro judío, bajo y gordo, dijo poseer en la calle Coquimbo. Allí, con un entusiasmo absurdo, armamos una partida de póker. El almacén aquel aparecía pobrísimo y la pieza en que jugamos, que estaba

inmediatamente detrás del mostrador y de la mísera estantería — en realidad todo no era sino una sola pieza —, me parece ahora algo así como la celda que el Conde de Montecristo ocupó en el Castillo de If: de una desolación sollozante. Las latas de conservas que se veían en los estantes eran muy pocas y estaban muy separadas unas de otras, dando la impresión de que eran menos de las que había. No se veía allí, como en otros almacenes, cajones o sacos llenos de mercaderías: nada, y todavía me pregunto qué es lo que aquel almacenero vendía allí. Con el tiempo se me ha ocurrido que aquel negocio había sido rematado o se iba a rematar y que las escasísimas mercaderías que se veían era lo que sobrara del remate o lo que el dueño dejaba para que se rematara. El almacenero, por su parte, parecía estar, como nosotros, en casa ajena: no nos dijo una sola palabra respecto de cómo debíamos arreglarnos; se sentó y dejó que cada cual obrara por propio impulso. No había luz eléctrica, pero en los estantes quedaban tres velas — nada más que tres (los paquetes contienen cuatro) —: pusimos dos en unas botellas, dejando la otra como reserva, y sentándonos en unos cajones vacíos, pues no había sillas, dimos comienzo a la timbirimba.

El juego tuvo variadas alternativas: el *chip* fué de cinco centavos — unidad monetaria más pequeña de la época —, con resubida absoluta de veinte, reglas que nadie se atrevió a transgredir, ni siquiera el almacenero, quien, a pesar de aquel almacén vacío, aparecía como el capitalista de la partida. (Años después volví a ver a este hombre: era propietario de un vehículo de transporte colectivo, una góndola, cuya carrocería parecía hecha con las tablas de aquel mostrador y de aquella estantería, más algunos de los melancólicos cajones que nos sirvieron de asiento.) Las menudas monedas pasaron de mano en mano, interminablemente, hasta que, al fin, cansadas, empezaron a inmovilizarse aquí y allá. La partida terminó a las cinco de la mañana. Nos despedimos del almacenero, dejándole abandonado a su horrible soledad, y tomamos en dirección a la calle San Diego.

Teníamos un hambre espantosa, pues no habíamos comido en toda la noche (nadie había tenido el valor de proponer que se abriera una de las latas de conservas) y Chumingo, que había perdido todo su capital, unos sesenta centavos, propuso que tomáramos desayuno. Aceptamos la idea y entramos a una cafetería. Invité a Chumingo — tenía el dinero justo para hacerlo: cuarenta centavos — y uno de los estudiantes invitó al

otro, que también estaba de pérdida. Desgraciadamente, la taza era muy grande y muy chico el trozo de pan que la acompañaba; de este modo, desapareció apenas habíamos humedecido los labios en el caliente y aromático líquido.

— Se acabó el pan — dijo Chumingo, desconsolado.

El estudiante ganancioso guardó un imponente silencio. Mi amigo, sin embargo, no era hombre a quien los silencios de ninguna índole amedrentasen. Se levantó de donde estábamos sentados, fué hacia él y repitió, mirándole:

— Se acabó el pan.

— Sí — dijo el otro, sin pestañear.

— Tú eres el único que ha ganado. Préstame cuarenta centavos. Al frente hay una panadería.

— Mira — respondió el muchacho, con franqueza conmovedora —: tengo catorce pesos justos y pienso ir a las carreras: diez para jugar, dos para la entrada y dos para gastos y movilización. Toma este billete de a dos pesos y compra pan; pero, por tu madre, no gastes más de cuarenta centavos.

Salió Chumingo y allí quedamos, esperando. Desfilaban por San Diego otros trasnochadores: algunos, borrachos; otros, nada más que alegres; muchos silenciosos y pálidos. La noche habido sido buena sólo para muy pocos. El café se enfriaba rápidamente. Por fin, cuando ya pensábamos que lo mejor sería tomarlo como estaba e irnos, José Domingo reapareció: traía recogidas con las manos las faldas de su sobretodo y de aquel hueco, como de una canasta fué sacando, mientras se estremecía de risa, kilos de pan. Finalmente, desabotonándose el sobretodo, sacó, de entre el chaleco y la camisa, una hallulla de veinte por treinta centímetros. Había comprado dos pesos de pan.

*

Durante mucho tiempo fué famoso, entre sus amigos y admiradores, un dístico que compusiera en circunstancias dramáticas: a la salida de una velada de confraternidad chileno-peruana, realizada en el salón de honor de la Universidad de Chile, estalló un tumulto, y Chumingo, cogido en medio de él, adquirió un garrotazo y un empujón que lo lanzó entre las patas de los caballos de una victoria. Magullado, se levantó, el sombrero hasta las orejas y el sobretodo arrollado al cuello a modo de bufanda, y aulló, indignado:

— ¡Qué modo de practicar la fraternidad! ¡A palos con la humanidad!

*

Desenfadado, de gran sensibilidad, respetuoso en su lenguaje cuando se hablaba de personas que no estaban presentes, gran amigo, José Domingo Gómez Rojas no alcanzó, sin embargo, a madurar plenamente; pero si se consideran las virtudes y las condiciones que poseía, se ve, con dolor, que pudo haber llegado a ser un excelente hombre y un buen escritor.

Santiago, 1.º de Agosto de 1945.

Estudiantes del año veinte

La Federación de Estudiantes estaba en la primera cuadra de Ahumada. Por mi amistad con Juan Gandulfo comencé a frecuentarla. Hablaban en tono noble, encendido, puesto el pensamiento en el destino del mundo. Por un instante solíamos sentir que en nuestras manos estaba posado el porvenir de la especie humana.

*

Esa noche renunció Waldo Urzúa, estudiante de leyes, de rostro severo y varonil, de cuerpo macizo y actitud reposada. Fué llamado Santiago Labarca, que había sido presidente. Su figura frágil, su cojera airosa y su faz traslúcida me impresionaron. Tenía en su expresión algo así como una fuerza contenida. Hablaba con absoluta seguridad y cualquier gesto que hiciera era tan plástico que podía servir para su estatua futura. Su elegancia cabía en la mayor ponderación. Saltaba de un razonamiento a otro, de una paradoja a otra paradoja. Su voz, un tanto aguda, que más tarde el tabaco hizo grave, corría por la sala como una culebrilla eléctrica. Reducía la realidad a uno o dos guarismos, que armaba, desarmaba y mostraba por cualquiera de sus facetas. Afirmó cuanto quiso. A ratos solía hablar de sí en tercera persona, con bastante respeto: «Don Santiago Labarca no acepta que...» Se negó a ser presidente y desapareció, en el acto, muy digno y ligero.

La asamblea quedó pensativa. Los muchachos ensombreados, fumando sin cesar, unos de pie, otros echados en los sillones en las posturas más fantásticas, recapacitaban, dando una visión semejante a las reuniones de mineros del Cañón del Colorado.

Por fin uno propuso que se hablara a Federico Carvallo. Se le envió un emisario a su pensión, situada en calle Serrano. Respondió que aceptaría si se le elegía por unanimidad. Esto disgustó a los universitarios por su propensión a diferir en todo. Parecía un exceso de pretensión. Sin embargo acce-

dieron. Una comisión de tres fué a comunicárselo. Llegó al cuarto de hora y avanzó hacia la presidencia, saludado con aplausos.

Era muy delgado, muy blanco, con aspecto de puritano. Se efectuó el cambio de insignia. Luego Federico Carvallo se volvió hacia la asamblea y dijo:

— Les ruego a los compañeros que se descubran...

Los compañeros miráronse entre sí, más contrariados aún, y sin saber por qué se quitaron los sombreros. En secreto temían cosas peores.

A tanta distancia en el tiempo no sabría decir si Carvallo era hombre emotivo. Parecía cambiar de actitud sólo por razonamiento. Lo recuerdo con su figura erguida y ascética.

Cuando, poco después, se efectuó un congreso policial en Buenos Aires, envió este breve telegrama: «Las ideas se combaten con ideas y no con sables.» Los congresistas protestaron porque, precisamente, estaban haciéndole sitio a los sables y les contrariaba que se les descubriera tan de sopetón.

La Federación tenía un bar. Desde la escala que conducía al tercer piso podía verse su interior. Una tarde estaba junto al mostrador Pedro Gandulfo. Llegó, a continuación, Yanque Morales. Este, que era muy dado a la burla, le dijo:

— ¿Qué hubo, peruano?

— Si lo repites te arrojaré lo primero que encuentre—le replicó Gandulfo, que era flaco, usaba anteojos y no hablaba en vano. Morales, riéndose, repitió la broma.

En ese instante Federico ascendía y se detuvo frente al bar porque Pedro Gandulfo había disparado contra la cabeza de Morales el primer vaso, que sólo lo mojó. El segundo, arrojado en el acto, con mayor tino, le abrió una herida en la cabeza. Yanque Morales se contuvo la sangre con un pañuelo.

— Segundo — exclamó Federico Carvallo dirigiéndose al mesonero — ¡anétele dos vasos a Pedro!

Y luego, volviéndose a Pedro, en tono de sugerencia, agregó:

— ¿Supongo que usted mismo lo acompañará a la Asistencia Pública...?—y, sin apresurarse, siguió escala arriba.

*

Entre los universitarios había radicales, masones, anarquistas, vegetarianos, liberales, algunos socialistas, colectivistas, nischeanos, estirnianos, espiritistas, católicos, nacionalistas, arbitristas y muchachos casi silvestres.

La avanzada obrera era anarquista, en menor grado socialista y comenzaba a surgir el sindicalismo revolucionario de Angel Pestaña y Noy del Sucre.

Llegaban a las librerías las famosas obras de Sempere, que tanta difusión dieron al pensamiento socialista, y una colección de tapas rojas titulada «Salud y Fuerza». Comenzaban a traducirse los rusos.

En Santiago hubo una Universidad Popular cuyo lema era «educación mutua y libre». En ella se estableció el primer contacto entre estudiantes y obreros. Entre los estudiantes estaba don Pedro Godoy y entre los obreros don Augusto Pinto, don Agustín Saavedra y otros discípulos del zapatero francés M. Renau, quien, fuera de enseñar la hechura de un par de zapatos en siete horas justas, mediante el empleo de un tiempo invariable para batir la suela, preparar la puntera y el contrafuerte, armar, coser y terminar, enseñaba los fundamentos del anarquismo y las excelencias de los vegetales.

Más tarde hubo un movimiento antirreligioso, acaudillado por los universitarios y apoyado por trabajadores, que alcanzó su más alto nivel cuando vino Monseñor Sibilia, que debía llevar a Roma dinero de las órdenes religiosas. Al prelado le arrebataron su teja y le hicieron la vida imposible. Abandonó el país sin un centavo y pensando esas cosas ardientes que tanto consuelan a los italianos.

En la presidencia de Santiago Labarca, funcionó en la Federación la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional.

Fuera de los obreros participaron profesionales, estudiantes e individuos curiosos. Era un pequeño parlamento que se ocupaba de economía y abstracciones. Hubo semanas en que su poder preocupó al Gobierno que, finalmente, declaró el estado de sitio.

*

El gobierno veía nacer ante sí un problema político grave. El pueblo, aunque poco dispuesto al endiosamiento de cualquier persona, desconfiado y quitado de bulla, estaba lleno de fuertes anhelos y necesitaba un personero. La elección presidencial que venía se lo proporcionó en la persona de don Arturo Alessandri, hombre de voz cálida, que podía hablar tres o cuatro horas seguidas, cuya gesticulación era tan elocuente como sus palabras, de un poder de simpatía no superado por ningún otro chileno, veheméntísimo, especie de mago

que transformaba las frases hechas y las ideas más atrocemente manidas en monedas de oro purísimo. Si uno incurría en la debilidad de escucharlo era inevitable que vibrara y aplaudiera locamente, sin perjuicio de examinar después lo dicho por él y llegar a la penosa conclusión de que carecía de médula.

Alessandri conmovió a Chile más que todos los terremotos juntos y llevó a la gente a un grado de emoción desconocida.

Las mujeres, los obreros, la multitud, mientras duró su campaña, estuvieron día y noche junto a su casa, cuidándolo. Si llegaba era rodeado, palpado, aclamado. Debía salir al balcón cada hora y largar una melodía. Sus palabras eran alimento.

Gentes de la ciudad y peregrinos de provincias rasguñaban los zócalos de su casa y, en sus pañuelos, llevábanse un poquito de tierra a guisa de amuleto.

Alessandri era por temperamento revolucionario. A su estilo convenía el cambio, el vuelco vertical de las cosas anquilosadas. Tengo la certeza de que sus palabras traducían su sentimiento íntimo. Sentía cuanto decía, pero sentía en varias direcciones. Si le hubiese sido dable ser su propio espectador, habría hecho en Chile una revolución social profunda. Era el hombre del destino, el héroe creado por el pueblo; ¿quién hubiera podido oponérsele?

Pero agazapado junto al Alessandri orador y reformador, había otro Alessandri que no quería tocar nada ni efectuar alteración ninguna. Este Alessandri acabó con el otro.

Durante la campaña electoral el pueblo hizo suya la canción mejicana titulada «cielito lindo», a la que puso una letra apropiada. Después de la canción nacional, fué esa la que más extensa divulgación alcanzó en el territorio. Se la cantaba de día y de noche, dentro y fuera de las casas, se la cantaba en la cantina, en los tranvías, en los victorias, en todas partes. Y de día y de noche vibraba el grito de «¡viva Alessandri!» En la calle no se oía otro grito. Una vez iba un grupo de alessandristas cantando en un tranvía, que corría por Estado, a la altura de Moneda. En esa esquina un individuo pequeño, vestido de negro, con aspecto de portero o supernumerario, gritó: ¡Viva el señor Barros Borgoño! Aunque el tranvía pasó veloz, le pareció al propio gritón demasiada audacia la suya y emprendió en el acto una carrera hacia San Antonio.

Los universitarios eran partidarios de Alessandri. Esta preferencia molestó mucho al gobierno que para deshacerse de

dicho candidato propaló la especie de que Perú movilizaba sus tropas contra la frontera. Llamó en seguida a varios contingentes con el ánimo de restarle electores.

Laín Diez y Juan Gandulfo presentaron un voto condenando la movilización a la asamblea universitaria. Esta, después de un tremendo debate, acordó sólo pedir al Gobierno que diera a conocer las razones que tuvo para movilizar.

La publicación de tal voto fué condenada por la prensa que en su casi totalidad era de derecha.

Pero el gobierno no atacó de hecho a la Federación. Se valió — mediante un proceso de excitación continua, ya haciendo aparecer a los estudiantes como antipatriotas, ya pintándolos como sojuzgados por un grupo de peruanos que actuaban en la misma Federación — de los jóvenes del Club Fernández Concha.

*

El primer asalto, ejecutado por treinta jóvenes, tuvo para ellos buen éxito. Eran las nueve de la noche. Fuimos arrinconados en la cantina de la Federación.

Juan Gandulfo, que era valeroso, tomó una botella y la alzó. Cometí el delito de quitársela. Entonces Juan cogió el cuchillo grande con que se cortaba el pan, cuchillo de aspecto soberbio. Los asaltantes, casi al unísono, dieron un grito de espanto. El empatriotecimiento pasó a segundo plano. Incurrí en el crimen de quitárselo también y dejar a mi amigo a merced de los provocadores. Sin duda: estaba en el peor momento de mi vida.

La horda comenzó a pegarnos. Teníamos al frente y los costados un semicírculo de puños. Como todos querían pegarnos a la vez, casi ningún golpe nos alcanzaba. Apenas éramos rozados. Los brazos de unos contrariaban el impulso de los otros. Llegó en ese momento Oscar Donoso Barthé, estudiante de medicina, de quien sin restar una brizna al respeto que se merece, puedo decir que era muy bajo y menudo. Cuando apareció en la puerta y comprendió lo que ocurría lanzó con voz bronca el primer rosario de injurias, de injurias chilenas, de las peores que existen, tan espantosas que con todo mi valor no puedo, aunque me seduce, reproducirlas (¡Salud, oh, tiempo, en que esto sea posible!).

Junto con maldecir e invocar la madre de cada uno se abrió paso lentamente, colocando con sus pequeños y membrudos

brazos bofetadas a izquierda y derecha. Era tal la trifulca que los asaltantes no le veían avanzar y gemían a cada golpe, sin saber a quien atribuirlos. Con paciencia Donoso logró llegar hasta donde nos tenían acorralados.

Su actitud me causó tal sorpresa que renuncié a cubrirme a fin de no perder ninguna de sus milagrosas embestidas. Era guerrero de nacimiento. Se puso delante de nosotros y comenzó en el acto a repartir nuevos golpes. Fuera de los pijes de la primera fila, que viéndolo no daban fe a sus ojos por la escasa estatura del golpeador, su presencia pasó inadvertida para los demás. Junto con los mojicones profirió con voz cálida una segunda serie de injurias, tan atroces, que en nada desmerecían de las primeras.

Con ellas, sin duda, quería elevar la moral de los atacantes. ¡Qué hombre para aprovechar el tiempo! Si con su pequeña derecha lanzaba un golpe al mentón, en el acto con su codo izquierdo ablandaba las costillas del prójimo más cercano. Si alguien eludía un golpe echando hacia atrás la cabeza, ¡zas! pisotón; si los tumultuosos dejaban un blanco, lanzaba su testa como un ariete, y todo esto sin economizar maldiciones y sin dejar de suplicarles que se enfrentaran sólo con él. Para decidirlos ponía en duda, con palabras certeras, la condición varonil de cada uno.

Logró en un momento alejar quebrantados y pensativos a los que tenía a la mano. Los de atrás no podían verlo y lanzaban golpes contra los que iban retrocediendo.

Como en el teatro, se abrió paso un oficial con dos policías, que se apoderaron de Juan Gandulfo y se lo llevaron. La horda se echó escalas abajo. Todavía vi durante tres o cuatro minutos cómo Donoso colocaba los últimos puñetazos sobre los rezagados. Desde el sitio donde estaba fuí levantado por la horda y en el aire fuí conducido hasta la calle en donde logré sentir firmeza bajo mis pies.

*

Era presidente de la Federación el Dr. Alfredo Demaría, hombre de cabeza muy fina, nariz prominente, labios delgados, color sonrosado, voz de adolescente, con matices casi femeninos. Su cuerpo era atlético. Vestía de negro. Aunque tenía gran dominio sobre su naturaleza, oscilaba entre la ira y la perfecta indiferencia. Su inteligencia era muy amplia y

sutil. Por temperamento estaba contra las costumbres, en oposición a cualquier prejuicio.

Al día siguiente los empatriotecidos ocuparon la tarde en desfilar por el centro. Cada hora pasaban frente a la Federación dando gritos injuriosos. Es cierto que esto ocurría en Julio, mes frío, que invita a la acción. El asalto nocturno les había envalentonado y tenían un oscuro deseo de ocupar su energía en la destrucción. Los individuos apenas se arrebañan sienten ansias de caos.

Demaría, al oír el tumulto, bajaba la escala a la carrera, descubría su pequeño revólver y apuntaba en actitud hierática. Yo estaba a su lado como guardespalda. La turba pasaba.

Como en la noche tenía guardia en la Asistencia Pública me pidió cuidara la Federación. Era el menos apropiado para esa empresa. Carecía de acometividad y, a pesar de mi anarquismo, me dominaba un espíritu cristiano que no se compadecía con la pelea. Sin embargo, guiado por una especie de inconciencia, hice poner en el pasillo que daba a la escala unas ánforas de plomo y unos bancos. En caso de peligro, con estos elementos obstruiría la escala. Había una puerta excusada, en la parte trasera que, por un pasaje, tenía acceso a la calle Moneda. Allí situamos a varios I. W. W. que estaban premunidos de formones largos y brillantes. Después de las nueve los estudiantes de medicina sesionaron en el tercer piso. En los billares, que estaban en el piso inferior, en una gran sala próxima a la escala, había veinte o más universitarios y en el hall, contiguo a la escala, funcionaba una tertulia. Además Pedro Gandulfo estaba conmigo guardando el acceso. Meses después vine a saber que Nicolás Weinstein, estudiante de química, desde el teléfono de la Federación había llamado al Club Fernández Concha, guiado por su amor a la broma, advirtiéndoles que un pequeño grupo tomaba en esos momentos acuerdos de acento muy subversivo.

Al poco rato subieron dos valientes. Pedro Gandulfo vió que llevaban en sus solapas el distintivo. Les preguntó que qué deseaban. Los interpelados, que se habían percatado del bullicio que venía de los billares, de la tertulia y de la asamblea reunida arriba, respondieron muy seriecitos que buscaban a Fernando Amunátegui. Pedro miró interrogativamente a Fernando. Este, también muy serio, dijo que no los conocía. Entonces Pedro quiso hacerlos pasar. Me opuse porque comprendí que el objeto era molerlos a golpes. En ese instante otros valientes comenzaron a subir en actitud arro-

gante, gritando con gran descortesía. Los que jugaban al billar se apostaron junto a la barandilla con los tacos listos. Cuando los sombreros de los bravos se alzaron sobre el barandal, cayeron los tacos encima. Los esforzados quisieron rehacerse, pero monótonamente volvieron a caer los tacos sobre las cabezas. Con las partes buenas de éstas resolvieron retirarse; pero otra ola de entusiastas iba subiendo y los tacos se abatieron sobre ella. La ola, sin rumor, se deshizo y sus componentes retrocedieron. Gandulfo abandonó la discusión conmigo y se lanzó por la escala dando puñetazos por cuatro. Lo seguí. Los dos mozos del comienzo aprovecharon para huir, no sin darme, de paso, una bofetada por la espalda. Gandulfo a golpes llegó al primer peldaño. Bajo la acera había entre diez y quince asaltantes, nada risueños. Gandulfo hizo una rápida invocación a la madre de cada cual y caballerosamente se ofreció para pelear ya con uno, ya con todos a la vez. Su actitud era tan resuelta que, a pesar de su flacura y de llevar anteojos, les entró el habla de modo súbito. Los jóvenes se dispersaron con presteza.

Continuamos la guardia hasta las cuatro de la mañana.

*

Al día siguiente llegué al correo a las tres de la tarde. Un empleado me anunció que estaban asaltando la Federación. Me pareció cosa del otro mundo. Anduve por Ahumada y debí quedarme en la esquina de Huérfanos, donde está la botica. Hasta allí alcanzaba el flujo de los asaltantes. Muchachos elegantes, muy airosos, pasaban con una tecla en el ojal. Otros más objetivos llevaban con cuidado exquisito una estatuilla, u pequeño cuadro. Poco después llegó el poeta Meza Fuentes muy emocionado.

*

En la mañana una multitud de jóvenes conservadores y otros engañados fué a la Estación a despedir a los reservistas que partían al norte. De regreso, por los gritos de algunos, se supo que asaltarían la Federación. Un amigo telefoné. Pedro Gandulfo, que estaba almorzando, comenzó entonces a pedir a la Prefectura, la Intendencia y el Ministerio del Interior que enviaran policía. Nadie hizo caso. El teléfono siguió funcionando durante el asalto.

La muchedumbre se vino primero a la Moneda. Allí un personaje que descansa en paz, la azuzó. Esta se vino a la Federación y la sitió. Fuera de Pedro Gandulfo, se hallaban almorzando Rigoberto Soto, Arturo Zúñiga Latorre, José Lafuente, Roberto Meza Fuentes y algún otro. Pedro encargó primero a Zúñiga y después a Lafuente que continuaran ante el teléfono para que las autoridades no tuvieran excusas si se efectuaba el asalto. Pedro se situó en lo alto de la escala y Rigoberto en la sala de billares, que tenía balcón común con la casa vecina, a la sazón desocupada.

Los manifestantes empezaron a gritar mueras y abajos como para darse ánimo y poco a poco fueron bloqueando la puerta. Los más osados comenzaron a subir con lentitud, en grupo compacto, con esa sensación confusa del que penetra en lo desconocido.

El mesonero se acercó a la escala con una pistola, andando como ciego y con la mano trémula. Gandulfo la cogió, la cargó y advirtió a los intrusos que dispararía si continuaban ascendiendo. Los empatriotecidos no hicieron caso. Pedro apuntó y una bala perforó la mano del abanderado. Con este aviso retrocedieron.

Mientras tanto Rigoberto Soto, hombre valeroso y vehemente, tomaba botellas de la cantina y tras un examen de los blancos las arrojaba contra las cabezas de la multitud.

Los desafortunados se rehicieron y comenzaron nuevamente a subir. Volvió Pedro a llamarles la atención y, como desestimaran su advertencia, hizo el segundo disparo, pero al aire. Consiguió que huyeran. Entre tanto, por la casa de la derecha, deshabitada, entraron veinte jóvenes que avanzaban por el balcón común. Rigoberto, con un taco de billar daba golpes con notable brío a los más inmediatos, pero los demás seguían avanzando por el comedor. Entonces Gandulfo corrió hasta allí y disparó a la cabeza del más osado. El Altísimo quiso que la bala sólo atravesara su sombrero horizontalmente. Los asaltantes retrocedieron con celeridad. De nuevo vuelve a la escala y con otro disparo de entretenimiento dispersa una vez más a los obcecados, pero un jefe de investigaciones con veinte agentes sube y todos muestran sus placas. Pedro debió deponer su actitud. Mezclado a éstos subió un individuo que lo advirtió de las intenciones mortales de los cabecillas del ataque. Como no cabía continuar la defensa porque la policía misma ocupaba el local sin ofrecer ninguna protección, los defensores subieron al tercer piso y de éste

penetraron por una escala de mano a la casa de don Arturo Lyon Peña.

Gandulfo era entonces un joven delgado, todo nervio; Rigoberto tenía anchas espaldas y una viveza extraordinaria para contender; Arturo Zúñiga y José Lafuente casi eran dos niños. Penetraron en un dormitorio. Minutos más tarde entraron varios jóvenes y se adelantó uno, don Raúl Edwards:

— Queremos que ustedes se movilicen con nosotros...

— No tenemos inconveniente — respondió Gandulfo.

— También queremos que besen la bandera...

— Tampoco tenemos inconveniente... pero no a la fuerza.

— Entonces veo que las cosas son muy distintas de como nos la contaron — agregó el señor Edwards y pasó su mano a cada uno de los asilados. A esto siguió una breve conversación de fórmula. Algunas señoras muy hermosas entraron a ver la faz de los estudiantes. De repente, como un bolido, penetró un mozo energético de apellido Campos. Traía en su mano un pistolón y lo movía un deseo loco de disparar contra los universitarios. Fué apartado y sacado de la sala. No sabiendo qué hacer confeccionó un letrero que fijó más tarde en la fachada de la Federación. Decía: «Se arrienda esta casa. Tratar en Lima.»

Un poco más tarde vino el propio señor Lyon Peña, les ofreció su hospitalidad y les preguntó si deseaban algo. Todos aceptaron un vaso de agua.

Entre tanto los agentes habían entregado la Federación a los asaltantes. Los muebles fueron destrozados. Los que tenían cortaplumas rompieron a conciencia el cuero de cada silla o sillón. Otros tomaron un retrato de don Valentín Letelier y lo quemaron tomándolo por efigie de don Augusto Leguía. Los libros fueron lanzados a la calle y quemados en forma escrupulosa. Los sibaritas, los dionisiacos, más que a la destrucción, se consagraron a libar. No quedó en la cantina una gota de nada.

Otros muchachos, coleccionistas natos, apoderáronse de estatuillas, bibelots, pequeños cuadros. El poeta Roberto Meza Fuentes, que había quedado rezagado, sintió gran indignación ante el latrocinio descarado y les gritó:

— ¡Sean patriotas, pero no ladrones!

Heridos en su dignidad los desafortunados le dieron un silletazo.

Otro estudiante, Rafael Yépez, trató de salvar del pillaje cuadros y libros. Al comienzo se le tomó por un igual y pudo acarrear bastante, pero luego, cuando volvió por otras obras,

fué abofeteado, pero se sobrepuso y siguió su obra salvadora. Más tarde, con Rojas Jiménez fundó el periódico *Claridad*.

Entre los atacantes había antimelómanos. Estos destruyeron el gran piano de la Federación. Cuando terminaron su tarea cada uno se puso en el ojal una tecla y así salieron por el centro.

Los muchachos que por su juventud carecían de vocación definida, cogían ampolletas, alambres eléctricos, cualquier cosa y lo llevaban a sus casas. En hacerlo no había equivocación porque en una casa todo sirve.

Gandulfo y sus tres compañeros fueron, finalmente, conducidos a la cárcel con uniformes de policía.

*

En la misma tarde, parte de los asaltantes encariñados con la tarea de destruir bajo el amparo policial, fué a romper la imprenta *Númen* que estaba en Santa Rosa esquina de Cón-dor. Rompieron como buenos. Un oscuro instinto les decía que la letra es su principal enemigo. Quisieron luego perfeccionar su obra quemando la imprenta. Por fortuna el almacenero italiano de la esquina, que odiaba a Nerón, dijo que se le había acabado la parfiana.

Los originales que había en la imprenta fueron a parar a la Corte de Apelaciones, como piezas de convicción en el proceso que se les seguía a los subversivos, proceso en que figuraba una declaración mía.

Entre los papeles fué el original de mis *Vidas Mínimas*. Esta obrita, que di por perdida, se fué agrandando en mi imaginación. Sobre todo cuando me fuí al sur no podía librarme de su recuerdo. Cada día me parecía mejor. Llegué a reputarla tan o casi tan buena como la *Divina Comedia*. Cuando años más tarde la recuperé y leí ansiosamente, fuera de darme con mi propio puño una bofetada en el pecho me estuve injuriando varios días.

Enrique Espinosa

Colofón

¿Qué puedo agregar yo, recién llegado a Santiago en 1935, sobre los hechos ya históricos que acontecieron aquí a mediados de 1920? Desde luego, muy poco. Casi nada. Sin embargo, por extraño que parezca, es mía la idea del presente número, acogida en su oportunidad con entusiasmo por mis amigos chilenos y los amigos de mis amigos. Protagonistas todos de aquella época inolvidable. Pues, como se verá en seguida, mi arrimo consciente a este país no es ajeno a su generosa inquietud.

En efecto, por entonces empezaron a salir en Buenos Aires bajo mi dirección bisoña unos cuadernillos americanos en verso y prosa que interesaron muchísimo en Santiago. Así, mientras de Lima o La Paz uno que otro librero incauto apenas demandaba cinco o diez ejemplares de cada título, de Chile los muchachos de la Federación de Estudiantes exigían por adelantado cincuenta o cien. Y recuerdo que hasta por telégrafo Roberto Meza Fuentes llegó a urgirme que apresurara el envío de los Lugones, Ingenieros y Palacios (Almafuerte) pedidos por carta.

Para corresponder de algún modo a tan noble interés de los estudiantes chilenos yo incluí en aquellos cuadernos «Un hombre libre» de Armando Donoso y «Las copas» de Pedro Prado. Y tenía proyectado editar los primeros versos de Gabriela Mistral cuando al cabo de cincuenta números abandoné la colección para sacar *Babel* como revista de arte y crítica.

Ahora bien, llevado por los recuerdos, caigo en la cuenta que aun no he revelado un dato importantísimo. El primer dinero que obtuve, antes de salir de la escuela, para dedicarme a editor americanista me lo facilitó espléndidamente un próximo pariente mío emigrado a Chile desde Buenos Aires, tras una juventud luchadora y romántica. Hoy que comparto su pan y su vino (ay, muy poco este último a causa de una deshidrosis latente) quiero dejarlo escrito en prueba de gratitud. Es con mucho el hombre más bueno que, después de mi padre, ha entrado en mi vida.

*

Fuera del eco íntimo y literario, el año veinte despierta en mí otro más amplio, externo. A cualquier argentino en Chile no puede menos que tentarlo un paralelo político entre Iriyoyen y Alessandri. ¿No acabó allá, el primero, con la Reforma Universitaria, patrocinándola desde arriba? ¿Y qué hizo aquí, el segundo, con la Federación de Estudiantes desde abajo? Pero esto me llevaría demasiado lejos. Solo he de recordar que aquel movimiento argentino de alcance continental pronto degeneró en burocratismo intrascendente.

Nadie ha recogido que yo sepa la respuesta un poco ácrata pero efectiva de Lugones a sus jóvenes comprovincianos cuando quisieron llevarse a Córdoba como vocero de sus justas reivindicaciones.

— «Una revolución, mis queridos amigos, se hace contra el gobierno y no a su favor.»

Claro que con los años el iconoclasta maestro del *Dogma de obediencia* dejaría chiquitos a sus malogrados discípulos. Pero entonces todos leíamos con fervor su admirable discurso en la muerte de Rubén Darío: «católico, y con ello monárquico de convicción; pues como no había menester de utilitarias conciliaciones, declaraba sin esfuerzo la incompatibilidad del catolicismo con la República.»

Es lo que vino a verse por último en España y estuvo a punto de hacer crisis entre nosotros.

¡Cuántos bravos muchachos del año veinte murieron por evitarlo a tiempo y cuántos se suicidaron (efectivamente o no) a la sombra de Hitler y Mussolini! Uno se resiste a contarlos.

Pero a veces, como ahora, evoco en la noche a los que más cerca estuvieron y están todavía de mí afecto. Dos insomnes dísticos de Heine me obsesionan largamente y, para entenderlos menos, acabo por buscarlos en su idioma:

*Seit ich das Land verlassen hab,
So viele sanken dort ins Grab,
Die ich geliebt - wenn ich sie zähle,
So will verblutten meine Seele.**

Extraño colofón, sin duda.

* Desde que salí del país, bajaron al sepulcro muchos de los que yo más quería.— Cuando los cuento, desangrarse quisiera el alma mía.

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA APOLO

Pasaje Matte 88 - Tel. 66727

TODO LO QUE SE
LEE EN ESPAÑOL

LIBRERIA DE OCCIDENTE

*Alameda B. O'Higgins 1313
Tel. 69649*

LITERATURA GENERAL

LIBRERIA EL SEMBRADOR

Pasaje Matte 29 - Tel. 86240

LIBROS Y REVISTAS EN INGLÉS:
LITERATURA PARA NIÑOS, LI-
BROS TÉCNICOS NOVEDADES EN
ESPAÑOL

LIBRERIA ORBE

*San Antonio 212 - Tel. 31944
Casilla 1316*

EDICIONES CHILENAS, FIGURINES
Y NOVEDADES EXTRANJERAS.
DEPARTAMENTO VENTAS A PLAZO

LIBRERIA FRANCESA

*Estado 36 - Tel. 80504
Casilla 43 D.*

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS
LAS NOVEDADES

LIBRERIA MEXICO

Bandera 445 - Tel. 88118

EDICIONES CRUZ DEL SUR

LIBRERIA HISPANO-AMERICANA

*Merced 846 - Tel. 33455
Casilla 3916*

SUSCRIPCIONES A REVISTAS
EXTRANJERAS

LIBRERIA NASCIMENTO

Ahumada 125 - Tel. 83759

LAS MEJORES EDICIONES
NACIONALES Y EXTRANJERAS

LIBRERIA LA OCASION

San Diego 125 - Tel. 89608

LIBROS RAROS, EDICIONES
CHILENAS AGOTADAS

LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
GENERAL

LIBRERIA LOPE DE VEGA

*Moneda 924 - Galería
Tel. 87113 - Casilla 2171*

NOVEDADES DE ESPAÑA,
ARGENTINA Y MÉXICO

LIBRERIA SENECA

*Huérfanos 836 - Tel. 33698
Casilla 13171*

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
GENERAL

EDITORIAL "CULTURA"

presenta la novedad literaria del año:
COLECCION «LA HONDA»
 bajo la dirección de *Nicomedes Guzmán*

Doce autores, doce títulos: una síntesis extraordinaria de la realidad actual de Chile a través de la interpretación de nuestros mejores noveladores nuevos

- | | |
|----------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------|
| EL GOLFO DE PENAS, <i>por Francisco A. Coloane</i> | UNA CASA JUNTO AL RIO, <i>por Gonzalo Drago</i> |
| SINFONIA EN PIEDRA, <i>por Raúl Norero</i> | TIERRA EN CELO, <i>por Juan Donoso</i> |
| VENTARRON, <i>por Reinaldo Lomboy</i> | LA BODA DEL GRILLO, <i>por Nicasio Tangol</i> |
| PAMPA VOLCADA, <i>por Mario Bahamonde</i> | SEWELL, <i>por Ballazar Castro</i> |
| COMARCA DEL JAZMIN, <i>por Oscar Castro</i> | SOBRE LA BIBLIA, UN PAN DURO, <i>por Andrés Sabella</i> |
| POR EL ANCHOCAMINO DEL MAR <i>por Guillermo Valenzuela</i> | LA NOCHE Y LAS PALABRAS, <i>por Eduardo Elgueta</i> |

Valor de la suscripción \$ 250.- No se venderá por tomos separados.
 por los 12 volúmenes:

SOLICITE PROSPECTOS Y SUSCRÍBASE EN:

LIBRERIA DE LA EDITORIAL CULTURA
 Huérfanos 1165 — Teléfono 81291 — Casilla 4130

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

LIBRERIA UNIVERSITARIA

Edificio de la Universidad de Chile, Alameda B. O'Higgins N.º 1058,
 2.º Piso, Casilla 10 - D. Teléfono 82451

OBRAS EN VENTA:

- | | |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------|
| Alonso, Amado, <i>El artículo y el diminutivo</i> ... \$ 10.- | Lira, Pedro, <i>El Código Civil y el nuevo derecho</i> 60.- |
| Amunátegui S., Domingo, <i>Las letras Chilenas</i> 25.- | Mardones, Francisco, <i>Curso de Geometría Descriptiva</i> 120.- |
| Anabalón, Carlos, <i>Tratado Experimental de Derecho Procesal Civil Chileno</i> .. 200.- | Pinilla, Norberto, <i>La generación chilena de 1842.</i> 40.- |
| Castro, Américo, <i>Conferencias dadas en la Universidad</i> 25.- | Pinilla, Norberto, <i>Biografía crítica sobre Gabriela Mistral</i> 10.- |
| Labarca, Amanda, <i>Historia de la Enseñanza en Chile</i> 50.- | Pinilla, Lagos y Rojas, <i>Panorama literario de 1842..</i> 15.- |

SE RECIBEN OBRAS EN CONSIGNACION - SE HACEN
 ENVIOS CONTRA REEMBOLSO - SOLICITE CATALOGOS

"HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA"

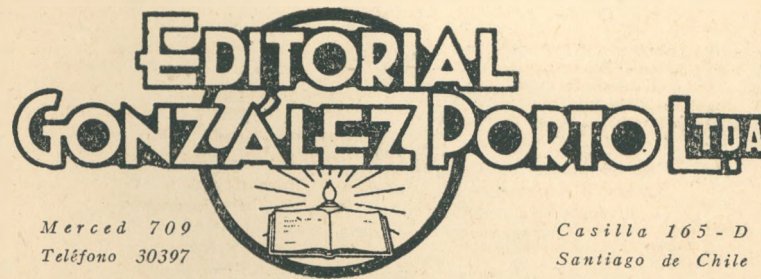
La Historia, el Arte y la Literatura del Mundo
 Tres obras en una

TODOS los genios de la literatura universal parecen volver de nuevo a la vida en las exquisitas páginas de esta HISTORIA maravillosa. Nunca ha existido una oportunidad mejor para conocer, en cuerpo y alma, a los que concibieron las creaciones artísticas y literarias más sublimes. Los TRECE volúmenes de la HISTORIA DE LA LITERATURA—hermosos volúmenes de majestuosa presentación y riquísimo contenido—recogen las más excelsas expresiones del ser humano. En ellas encontrará el lector la gracia divina de los poetas y la severa profundidad de los filósofos. Sus páginas nos presentan la exquisita prosa de los más grandes literatos y la inspiración genial de los que inmortalizaron su nombre a través de la piedra, la pintura y el mármol...

Nada de lo que tenga un valor perdurable queda al margen de sus TRECE volúmenes. La obra de SANTIAGO PRAMPOLINI abarca todas las culturas y da a cada una de ellas la trascendencia que en la Historia Literaria le corresponde. El más ilustre filólogo del mundo se ha unido en esta ocasión a JOSE PIJOAN, uno de los críticos e historiadores españoles más eminentes, para ofrecer al público de lengua castellana una obra monumental, única en su género. Por último, también han intervenido los más esclarecidos escritores de América Latina para desarrollar los capítulos correspondientes a nuestro Continente.

13 grandes volúmenes — Más de 7,000 páginas
 3,200 ilustraciones

Editores y Distribuidores Exclusivos



CONSULTENOS SOBRE AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO, Y LE
 REMITIREMOS FOLLETO ILUSTRADO DESCRIPTIVO

LOS GRANDES ESCRITORES DE TODOS LOS TIEMPOS

son los que figuran y siguen integrando los
volúmenes de la

BIBLIOTECA ZIG-ZAG

EL LIBRO DE BOLSILLO, EN ELEGANTE
PRESENTACIÓN Y A PRECIO ECONÓMICO.

VOLUMEN CORRIENTE \$ 8.— VOLUMEN DOBLE \$ 15.—

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

CUENTOS, de Guy de Maupassant.—
Selección de algunas de las más bellas na-
rraciones del famoso autor francés consi-
derado como uno de los grandes maestros
del género.

LAS NOCHES BLANCAS, por Fedor
Dostoyevski.—Una de las novelas más
profundamente delicadas del gran escritor
ruso. Ternura y desgarrada pasión se
combinan maravillosamente en estas pá-
ginas.

**TRES AÑOS DE CAUTIVIDAD EN-
TRE LOS PATAGONES**, por M. A.
Guinnard.—Curioso y pintoresco relato,
lleno de amenidad y evocación, sobre el
cautiverio de un viajero francés en Pata-
gonia. Con grabados de la época.

EL DESERTOR, por Zilahy Lajos.—No-
vela que adquiere una dolorosa actualidad
en estos días de postguerra. El dramatis-
mo sentimental del novelista húngaro lle-
ga a la cumbre en estas páginas. (Volu-
men doble).

LA GORRIONA Y OTROS CUENTOS,
por Luis Coloma.—Sabrosas novelas bre-
ves, consideradas entre las obras maestras
del notable escritor realista español, con
reproducción de los dibujos de Apeles
Mestres.

*Próximamente, obras de León Bloy, Johannes V. Jensen,
Barbey d'Aurevilly, A. Puchkin, Thomas Mann, F.
Dostoyevski, A. von Chamisso, Francisco de Quevedo y
otros autores de fama mundial.*

*En todas las buenas librerías. Para Chile remitimos
contra reembolso sin gastos de franqueo para el comprador*

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.

Casilla 84-D.

Santiago de Chile